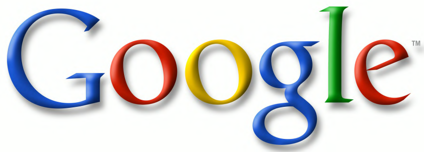
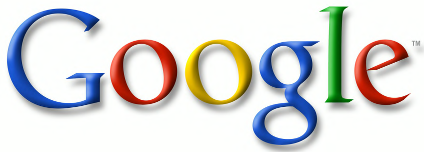
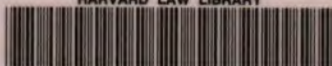






Iglesias

La Verdad Sobre la Question de Occidente



LA VERDAD

SOBRE LA CUESTION DE OCCIDENTE,

ó

LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE

EN LOS

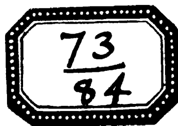
ASUNTOS DE ITALIA.

POR

BERNARDO IGLESIAS.

MADRID: 1859.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE J. A. ORTIGOSA.
Corredera de San Pablo, núm. 22, bajo


73
84

LA VERDAD

SOBRE LA CUESTION DE OCCIDENTE,

ó

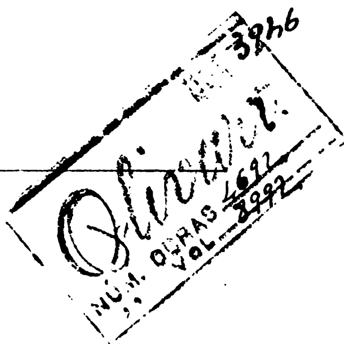
LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE

EN LOS

ASUNTOS DE ITALIA.

POR

BERNARDO IGLESIAS.



MADRID: 1859.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE J. A. ORTIGOSA.
Corredera de San Pablo, núm. 22, bajo.

A MI MUY AMADO HERMANO.

TIENES razon, querido Prudencio: Hay en España una multitud de personas que, como tú, viven entregadas á sus habituales ocupaciones, sin pagarse gran cosa de la política nacional, y mucho menos de la estranjera. Estas personas, por lo mismo, no están en aptitud de comprender á primer golpe de vista las diferencias, á veces gravísimas, que frecuentemente surgen entre dos naciones del viejo ó nuevo mundo. Nada mas natural.

La llamada Cuestion de Italia *ha venido á sorprenderte en tu acostumbrado retraimiento; y deseando penetrarla, quieres que te esplique su orígen, su naturaleza, su estado actual, y hasta pretendes que prevea su desenlace. Pides, por de contado, mucho mas de lo que yo te puedo dar: sin embargo, pobres y todo, como son, allá van mis principales ideas en la materia. Tal vez no alcancen á satisfacerte; pero al menos no te dejarán dudar de mi buen deseo.*

En vez de una carta, te envio un folleto, que principié dias pasados, y que acabo en pocas horas por complacerte.

Así se apresura á contestarte tu amante hermano

Bernardo.

Madrid 31 de marzo de 1859.



como si acechándolas estuvieran, ocasiones solemnes, pronuncian desde lo alto de sus tronos palabras que espresan profundos resentimientos; frases que tal vez envuelven una amenaza. Casi todos los gobiernos europeos se apresuran á hacer grandes aprestos de guerra, á dictar grandes medidas de precaucion, como si estuviesen en vísperas de una colision universal. Crúzanse las notas de gabinete á gabinete, agítanse las cancillerías, y entra decididamente en movimiento la pesada máquina de la diplomacia; las Asambleas legislativas á su vez ceden al impulso que las comunican los gobiernos; y de este modo difúndese el desasosiego, la desconfianza, el malestar. Los pueblos, sorprendidos en la pacífica actividad de su trabajo, se preguntan con espanto ¿qué gran suceso ha venido á alterar la paz del mundo? ¿Por qué somos turbados en nuestro reposo? ¿Por qué se imponen sacrificios nuevos á nuestra fortuna y se arma á nuestros hijos? ¿De dónde viene ese alarmante ruido de guerra? ¿Qué acontecimiento estraño viene á romper el equilibrio europeo?

¡La cuestion de Italia!

Tal es la respuesta que á los pueblos sobrecogidos se apresuran á dar publicistas oficiales y oficiosos, inspirados por diversos intereses é instintos diversos. *La cuestion de Italia* ha venido á ser en pocos dias la síntesis de las ideas medio reveladas ó terminantemente espuestas en los discursos de los soberanos; de las deliberaciones de las Asambleas legislativas; de los actos de los gobiernos; de las notas de las cancillerias; de las iniciativas diplomáticas. La *Cuestion de Italia* es analizada de nuevo en los cien folletos que las prensas estranjeras han dado á luz en estos últimos tiempos, y lo será en los cien otros que aun producirán tal vez. Y los pueblos han acabado por creer de buena fé, que real y verdaderamente existe una *cuestion italiana* como existió en 1848: que ahora, como entonces, la Europa se vé em-

barazada con la difícil resolucion de un problema, que tiene razon legítima, positiva de ser.

¡Oh! La cuestion vale bien la pena de ser estudiada con cierto detenimiento y con perfecta imparcialidad, siquiera no sea con otro objeto que con el de impedir que la opinion pública se estravíe en España como se ha estraviado en otras naciones. Importa mucho mas de lo que á primera vista parece, rasgar el velo tras el cual se oculta la verdad; porque si la España no está hoy llamada á representar en el litigio ningun interés directo é inmediato, no es lícito asegurar que siempre permanecerá igualmente indiferente á los azares de un porvenir que quizá está á punto de inaugurarse. Nadie puede desconocer que el principal carácter de la civilizacion actual, es esa estrecha solidaridad de intereses establecida entre las naciones del mundo todo, la cual prohibe á las unas ser indiferentes á los sucesos que en las otras puedan tener lugar. La España, aunque relegada por la naturaleza á una estremidad de Europa, está como las demas envuelta en esa solidaridad general, y por otra parte, la circunstancia de estar contigua á una de las grandes potencias del continente la hace tal vez mas sensible á los vaivenes de la política esterior.

No: la cuestion italiana no ha surgido por sí misma; no ha sido creada por ningun acontecimiento nuevo, causa eficiente de ella. La situacion de la Península itálica ha venido siendo durante diez años una misma; ningun suceso estraordinario ha venido á hacerla cambiar de aspecto. Producida por la desastrosa batalla de Novara, sancionada por los tratados posteriores que uno en pos de otro, fueron destruyendo todas las obras de 1848, el *statu quo ante bellum* cuyo restablecimiento se verificó entonces en todos los Estados de Italia ha venido siendo la manera de ser de la Península. Ningun pueblo se ha levantado en armas: ningun soberano ha invadido violentamente los dominios de

otro soberano. Sí, como es innegable, reina cierto desasosiego en los ánimos, sobre todo en los Estados dominados é influidos por el Austria, tampoco se puede negar que la misma agitacion se ha venido notando en los diez años que hasta aquí han trascurrido; y si durante este tiempo las grandes naciones no han visto en esta circunstancia un motivo suficiente para hacer de la situacion de la Italia una cuestion europea, no se comprende por qué surge de repente esta cuestion y toma tan gigantescas proporciones que pone en gran peligro la paz de la Europa.

Dedúcese de aquí que la cuestion italiana, que hoy embarga la atencion del mundo, no ha nacido espontáneamente: ha sido provocada por la accion de intereses, si no completamente estraños, perfectamente distintos al menos de ella misma. De todos modos conviene dejar consignado y de todo punto aclarado, que no se ha producido por sí.

II.

Varias son las causas que han contribuido á producir la situacion en que hoy se encuentra la Península itálica. La primera y mas poderosa es el derecho público europeo creado en 1815, y que todavia está vigente, á pesar de los rudos choques que en los últimos once años ha sufrido. Cierto que la escelencia esencial de esos tratados es grandemente cuestionable: condenados están por el espíritu de la época actual y todos los hombres eminentes de la política liberal en Europa desean su ruina. Pero la marcha del siglo, y este es un hecho palpable, se detiene ante ese respetable antemural: los sábios de la política sofocan la espresion de su hostilidad á los tratados por miedo de que

de sus ruinas brote un elemento de disolucion social; y los gobiernos mas adelantados, la República francesa misma de 1848, los anula y los conserva. El manifiesto del gobierno provisional redactado por Mr. de Lamartine, á la par que declara abolidos *de derecho* los tratados de 1815, declara al mismo tiempo que la Francia los respetará *de hecho*. Mr. Thiers, ha dicho hablando de ellos:—«Es menester observarlos y detestarlos.»—En esas cuatro palabras está exactamente retratado el sentimiento de la Europa civilizada. Sea de esto lo que quiera, y por mucho que suba de punto la antipatía que á esta ó la otra nacion puedan inspirar esos tratados, es bien seguro que ninguna de ellas se atreverá á romperlos por sí, ya porque su infraccion envolveria un peligro inmenso para la que la perpetrara, ya tambien porque todas las representadas en el Congreso de Viena ganaron mucho con sus estipulaciones, escepto la España, que ningun beneficio reportó á pesar de haber, tanto como cualquiera otra, contribuido á crear la situacion que las produjo. Nosotros, por el contrario, perdimos en Viena la ciudad de Olivenza y todo el territorio portugués que nos habia sido cedido por el tratado de Badajoz de 1801; mientras que la misma Francia, contra la cual se hizo muy principalmente aquel Congreso, recobró en él la Guyana francesa tal cual antes la pertenecia por el artículo 8.° del tratado de Utrecht y sus limitadas posiciones del Indostan. La Francia es sin disputa, entre todas las naciones europeas, la que mas declama contra los tratados de 1815; la que mas los anatematiza y la que se cree con mas derechos para condenarlos. Sin embargo, no ha mucho que retrocedió ante la perspectiva de su violacion en el momento mismo en que mejor podia haberla consumado. Bien propicia ocasion la presentaron los últimos triunfos de Cárlos Alberto de Saboya, cuando victorioso en Pastrengo marchaba con mas ambicion que tacto político á la destruc-

cion de esos tratados, diciendo desde la cumbre de sus ilu-ciones:—*L' Italia farà da se*—; pero la Francia republicana de entonces se guardó bien de acometer empresas superiores á sus escasas fuerzas, y de hacer imposibles las consecuencias de la batalla de Novara. Tanto respeto la inspiraba lo mismo que odiaba tanto.

En cuanto á la Francia imperial, no hay para qué detenerse en demostrar que nada la está mas vedado que tocar á la obra del Congreso de Viena. La Europa entera se levantaria como un solo hombre á la sola idea de que pudiesen reproducirse las dementes usurpaciones del primer Imperio. Napoleon III está mas que nadie convencido de esta verdad; y si la Francia, severamente corregida en 1814 y 1815, saludó en Luis Bonaparte al enviado por la Providencia para romper aquellos tratados, la Francia se ha engañado grandemente. Napoleon III no pedirá jamás de una manera terminante la abolicion de las estipulaciones de Viena.

Ni menos es de esperar que las demas grandes potencias quieran socabar el edificio que ellas mismas levantaron. Las que forman parte de la Confederacion germánica son hoy todo lo que son, gracias al Congreso de Viena. El manifiesto que el Emperador Nicolás dió á la Europa en mayo de 1849, anunciando la entrada de 120,000 soldados rusos en el territorio austriaco para sofocar el levantamiende la Hungría, pone en evidencia el alto precio en que los Czares de San Petersburgo tienen el tratado que colocó definitivamente sobre sus sienes la corona de Polonia. Por lo que hace á la Inglaterra, cuyas inmensas ventajas obtenidas en Viena no es menester recordar, basta tener presente que hoy mismo está invocando los tratados de 1815, como base del derecho con que ejerce sobre las islas del archipiélago jónico, su bien poco paternal protectorado.

Hasta aquí la obra del Congreso de Viena, fuente del

derecho público vigente hoy en Europa, y el culto que por diversas causas la rinden las grandes potencias.

III.

Sabido es que no son los tratados de 1815 los únicos que constituyen el derecho público actual: basados están estos en tratados anteriores que los legitiman grandemente y otros han venido despues á complementarlos por lo que respecta á Italia, como ha sucedido con las demas naciones de Europa. Renunciando de buen grado al pedantismo de desenterrar los antiguos, cuyo exámen á nada conduce en la ocasion presente, bastará ocuparnos de los que hoy importan: es decir, de los concluidos en años posteriores.

Acabábase apenas de firmar en Viena el acta fiscal de 9 de junio de 1815, y ya los soberanos de Italia, restablecidos en plena posesion de sus anteriores dominios, se apresuraban á concluir entre sí otros tratados particulares que, á la par que diesen nuevo vigor á las estipulaciones del Congreso, garantiesen á las partes contratantes de las eventualidades de un porvenir tanto mas incierto y aventurado, cuanto que la revolucion francesa habia llevado su espíritu á los últimos confines del universo. El primero de estos tratados fué el ratificado en Florencia el 1.° de julio de 1815 entre el gran duque de Toscana y el Emperador de Austria. Este tratado de union y alianza defensiva tuvo por objeto, segun declara el preámbulo del mismo, proveer suficientemente á la tranquilidad interior de la Italia y á su seguridad esterior. Por el artículo 1.°, los dos soberanos se unen para la defensa de sus Estados respectivos y el mantenimiento del reposo interior y esterior de la Italia: por el

segundo se garantizan recíprocamente y de la manera mas absoluta todos los estados que poseen en Italia: por el tercero estipulan que mirarán como propio y personal todo ataque, toda agresion inminente contra sus respectivas posesiones en Italia: por el cuarto, en fin, las partes contratantes despues de declarar que, caso necesario, emplearán en su mútua defensa todas las fuerzas de que puedan disponer, fijan desde lúego el número de las que han de proporcionar cada una á la primera necesidad: el Austria se compromete á contribuir con 80,000 soldados y la Toscana con 6,000. Este tratado, fácil es comprenderlo, estableció entre los dos Estados tal alianza, que aun en el dia no ha menester nuevas amplificaciones.

Mas esplícito aun, mas terminante es el tratado de *alianza defensiva perpétua* concluido entre el Austria y el reino de las Dos Sicilias el 12 del mismo mes. La mayor parte de los artículos *públicos* están calcados sobre los del tratado con la Toscana que queda analizado. Pero además contiene una cláusula generalmente ignorada, un artículo *secreto* digno de ser conocido, y que literalmente dice así:

«Las obligaciones que SS. MM. contraen por este tratado á fin de asegurar la paz interior de la Italia, les imponen el deber de poner á sus Estados y súbditos respectivos á cubierto de nuevas reacciones, y del peligro de imprudentes innovaciones, que necesariamente ocasionarian la reproduccion de aquellas. Por lo mismo queda entendido por las altas partes contratantes que S. M. el Rey de las Dos Sicilias al restablecer el gobierno de su reino, no admitirá el planteamiento de cualesquiera cambios que no sean conciliables, ya con las instituciones monárquicas, ya con los principios adoptados por S. M. I. y R. A. para el régimen interior de sus provincias italianas.»

Resulta, pues, de los artículos de este tratado, y sobre todo del secreto cuyo testo literal antecede, que no solo el

Austria y las Dos Sicilias están estrechamente unidas desde el 12 de julio de 1815 por un pacto solemne de *alianza defensiva perpétua*, sino que ambas están obligadas á mantener en el gobierno interior de su respectivos Estados cabal uniformidad de instituciones políticas.

Es muy del caso no perder de vista estos tratados perfectamente legítimos en su orígen, que están hoy en toda su fuerza y vigor, y que bastan á esplicar una multitud de sucesos que han tenido y están teniendo lugar.

Pero continuemos esta sucinta esposicion del derecho público internacional vigente hoy en Italia. Todavía nos falta reconocer la época contemporánea, digámoslo así; la situacion creada en Europa por consecuencia de la revolucion francesa de febrero de 1848.

Un acontecimiento gravísimo, calificado por algunos de providencial, vino á preparar, hasta cierto punto, en Italia la gran conmocion popular de marzo de 1848. El sábio, el virtuoso Pio IX, que para bien de la Iglesia fué elevado á la silla de San Pedro en junio de 1846, no pudo menos de sentirse profundamente afectado á la vista de los grandes abusos que en la administracion de los Estados pontificios introdujeran sucesivamente los tiempos anteriores. En efecto, la sencillez de espíritu del nuevo Papa, la rectitud de sus sentimientos y su ardiente deseo de mejorar cuanto fuera posible la condicion de los pueblos que la Divina Providencia confiára á su paternal cuidado, le hicieron desde luego creer que la dignidad pontifical no está irreconciliablemente divorciada de la filosofía, y que por lo mismo era preciso, urgente, moralizar una sociedad perfectamente corrompida, y establecer, en lugar de la antigua anarquía teocrática, un gobierno regular y ordenado, en cuya base entrase por mucho el elemento civil. Solo así pensó el Papa que podia quedar para siempre estinguido el gérmen permanente de las conspiraciones que tan terriblemente se ma-

nifestaron mas de una vez en tiempo de su predecesor Gregorio XVI. Tal fué la seductora inspiracion que produjo los primeros actos del pontificado actual: los pueblos todos de la cristiandad saludaron con el mayor entusiasmo á Pio IX, apellidándole el *Papa liberal*. ¡Faláz ilusion!! ¡Cómo si el gobierno espiritual, basado sobre el principio de la tradicion y de la autoridad incuestionable, pudiese aliarse nunca con el gobierno láico fundado sobre el principio de intervencion y de discusion! ¡Cómo si el principio católico y romano no fuese absolutamente incompatible con el principio constitucional! El orbe cristiano y el Sumo Pontífice mismo hubieron de convencerse bien pronto de que ambos se habian engañado lamentablemente; de que el sentimiento habia ofuscado á la razon; de que el corazon habia dominado á la cabeza.

Tal es, sin embargo, la influencia que Roma ejerce en el mundo católico, de cuya vida espiritual es centro, y muy especialmente de Italia, que la sola revelacion de una parte del pensamiento de Pio IX bastó para que todos los Estados italianos se conmovieran profundamente: el impulso dado por el Sumo Pontífice al sentimiento patriótico llevó la palpitacion á todos los ángulos de la Península. El rey de Nápoles y el gran duque de Toscana, fueron los primeros á conformarse con la nueva política de Roma; y tomando por modelo la carta francesa de 1830, ya habian ellos dado á sus pueblos una Constitucion política antes de que estallase en París la revolucion de febrero. Cárlos Alberto, no tan apremiado por las circunstancias como los dos soberanos anteriores, habia, sin embargo, planteado en sus Estados importantes reformas judiciales, y las meditaba políticas, marchando así sobre las huellas del Sumo Pontífice. Mientras tanto seguia creciendo la agitacion, y el reino Lombardo-Veneto, sobre todo, era un verdadero volcan.

El Austria, sin embargo, que desde un principio vió

distintamente á dónde podia conducir el movimiento liberal iniciado en Roma, se apresuró á dictar las medidas de que, en su concepto, habia menester para redondear su posicion en Italia. Segura de ella por lo relativo á Nápoles y Toscana, en virtud de los dos tratados de que queda hecho mérito, concluyó en 24 de diciembre de 1847 otros dos de alianza ofensiva y defensiva con los pequeños Ducados de Parma y Módena, cuyo objeto era estrechar los vínculos de amistad y parentesco que los unen con el Imperio, y velar por medio de esfuerzos comunes, sobre el mantenimiento de la paz interior y esterior y del órden legal en ambos Estados. Será conveniente copiar algunos artículos de este tratado; idéntico para ambos ducados, porque así, mejor que de ninguna manera, se puede formar idea de la verdadera posicion del Austria en Italia.

«Art. 1.° En todos los casos en que los Estados italianos de S. M. el Emperador de Austria y de S. A. R. el duque de Módena, se vean espuestos á un ataque del esterior, las altas partes contratantes se obligan á prestarse recíprocamente socorro y asistencia por todos los medios que estén á su alcance, tan pronto como así lo solicite cualquiera de las dos partes.»

«Art. 2.° Como por consiguiente los Estados de su alteza real el duque de Módena entran en la línea de defensa de las provincias italianas de S. M. el Emperador de Austria, el duque de Módena concede al Emperador el derecho de hacer entrar tropas imperiales en el territorio modenés, y ocupar sus plazas fuertes todas las veces que así lo exija el interés comun ó la prudencia militar.»

«Art. 3.° Si en los Estados de S. A. R. el duque de Módena ocurriese algun suceso que hiciese temer por el órden y la tranquilidad interiores, ó si algun movimiento tumultuoso tomase proporciones de una verdadera sublevacion, S. M. el Emperador de Austria se obliga á prestar los

socorros necesarios para el mantenimiento ó el restablecimiento del órden legal en el momento en que estos socòrros le sean pedidos.»

Tales eran los importantes preparativos que la sagacidad del Austria habia hecho con notable precaucion, mucho tiempo antes que los sucesos viniesen á demostrar con cuánta prudencia, con cuánta sabiduría habia procedido el Gabinete de Viena. Desde el momento en que el nuevo Sumo Pontífice reveló al mundo atónito los elevados sentimientos que encerraba su noble corazon, el Austria leyó instintivamente en el porvenir, y se estremeció. Las provincias de Italia, las mas ricas de la Península, la inspiraron desde luego sérios temores, que el tiempo vino á justificar de lleno.

Así las cosas, llega á Italia la noticia de la proclamacion de la república en Francia, y desde aquel momento la revolucion se manifiesta abiertamente en todas partes, en Roma como en Turín, en Nápoles como en Florencia; y hasta los microscópicos Estados de Monaco y San Marino ven profundamente turbada su tranquilidad interior. El mes de marzo dotó á todos los Estados italianos de Constituciones políticas exigidas por los pueblos.

No hay para qué seguir en esta ocasion el curso de la revolucion italiana, muerta á manos de sus mas ardientes apóstoles: no es del caso presente estudiarla en todas sus frases. Baste consignar aquí, que perdiéndose desde el principio en un dédalo de errores, de pretensiones escesivas, de exageraciones violentas, la revolucion italiana, que murió en los campos de Novara al año de haber nacido (23 de marzo de 1849), atrajo sobre la Península toda especie de calamidades. El poder absoluto de los soberanos fué restablecido en Nápoles, en Toscana, en Módena, en Parma: Roma volvió al lleno de su antigua existencia teocrática: las provincias lombardo-venetas sintieron su garganta doblemente oprimida por el dogal austriaco; y por último, las

bayonetas estranjeras penetraron en el corazon de la Península, para sostener la reaccion terrible, pero lógica, nuevamente establecida. Solo el Piamonte alcanzó el envidiable privilegio de salvar del naufragio en donde habian perecido todas las libertades italianas, el *Statuto fondamentale* promulgado el 4 de marzo de 1848.

Las consecuencias que este suceso arrojó de sí en el terreno del derecho, fueron inmediatas y en gran manera trascendentales. Los tratados de 1815 con Nápoles y Toscana, y los de 1847 con Módena y Parma adquirieron doble fuerza: el Austria habia restablecido en sus tronos y en el pleno ejercicio de su autoridad á los tres grandes duques: sus victorias contribuyeron notablemente al triunfo que el Rey de Nápoles alcanzó sobre la revolucion en sus Estados; y cuando el Papa volvió al Vaticano de su espedicion á Gaeta, las tropas austriacas le aseguraron la paz de las legaciones, con mas eficacia, tal vez, que las del general Oudinot le respondian del órden en Roma. Desde entonces la influencia del Austria en Italia ha ido creciendo: influencia deplorable, pero legítima; muy sensible para todo hombre liberal, pero perfectamente lógica. Hoy puede decirse sin temor á una exageracion, que el Austria es omnipotente al otro lado de los Alpes.

IV.

Y esta es justamente la base ostensible de la querella que tan de repente ha surgido entre tres naciones: el Piamonte y la Francia por un lado; el Austria por el otro. Cien publicistas distinguidos, pero no imparciales, nos han repetido hasta la saciedad que la omnímoda influencia, el ilimi-

tado poderío del Austria en la Península italiana es una constante amenaza á la independencia del Piamonte; un grave peligro para el equilibrio europeo. Y luego, queriendo revestir sus argumentaciones de las fórmulas mas simpáticas posibles, añaden que, el despotismo del Austria es la única causa del despotismo de la Italia: que si las Constituciones promulgadas diez años há en los Estados italianos han sido destruidas; que si el mismo *motu propio* de 12 de setiembre de 1849, y los edictos orgánicos de 10 de setiembre de 1850, han quedado reducidos á la condicion de una letra muerta, consiste únicamente en que nada subsiste ya de las Constituciones que en Austria se promulgaron despues del movimiento de 13 de marzo de 1848, sin esceptuar la carta otorgada en 4 de marzo de 1849: por último, que la Italia no es libre, porque el Austria, que tampoco lo es, se opone á ello, lo cual es una grande iniquidad. Y sobre esto se ha escrito mucho, se ha declamado mucho, y se ha hecho mucho ruido. Está bien; procedamos con órden:

¿Quién hace ese ruido? ¿quien se abroga el derecho de lanzar ese grito de guerra que espanta á Europa?

La Francia y el Piamonte.

La Francia. A la Francia napoleónica se la atribuyen, con justicia ó sin ella, por tradicion de familia instintos perturbadores, porque se la suponen del mismo modo miras ambiciosas. Se cree que la ambicion es, entre los Bonapartes, una enfermedad que se trasmite de padres á hijos con fatal exactitud. Por eso la gran mayoría de los pueblos de Europa no se han sorprendido de que de la Francia bonapartista parta la iniciativa contra la paz general. Al principio de este siglo, el fundador de esa dinastía conmovió al mundo con los arranques de su ambicion, y llevó á todas partes la tea devastadora de la guerra. Sus sucesores, en cuyas venas corre la misma sangre, deben llevar en su pe-

cho una parte de las ambiciones de su raza. Y ¡cosa notable sin embargo! en el paso de una generacion á otra, el temperamento de esa familia ha cambiado considerablemente y degenerado su sangre de una manera tangible. El primer Bonaparte daba batallas fabulosas cuya memoria será eterna en la historia de la guerra; batallas como las de Marengo, las Pirámides, Ulm y Wagram: al segundo Bonaparte se le cree satisfecho con batallas diplomáticas, bien escasas de gloria por cierto, como la del Congreso de París de 1856, la de la conferencia de 1857 y la que ya se anuncia sobre los asuntos de Italia. El primero solo sufrió un Waterlóo: para el segundo se dice, que cada reunion de la diplomacia europea ha sido, y continuará probablemente siendo, un 18 de junio de 1815. La poesía ha hecho del primer Imperio una epopeya digna de Homero: para cantar las glorias del segundo, el bardo mas sublime que hasta ahora se ha presentado es Mr. de Laguerronniere.

Desde luego apenas se concibe un contrasentido mas monstruoso que las pretensiones de que hace público alarde el Imperio francés relativamente á la política esterior. Un poder nacido de un golpe de Estado, sin ejemplo en la historia antigua ni moderna; que ahoga todas las libertades de la Francia en la sangre del 2 de diciembre; que sofoca todas las aspiraciones de una gran nacion bajo el peso de una sola voluntad; que concentra en una sola persona toda la vida política de 36 millones de almas, ese poder, decimos, pretende crear naciones libres en Oriente, y emancipar en el Mediodia pueblos regidos por gobiernos absolutos. Si estas pretensiones no fuesen reconocidamente falsas, serian el colmo de la contradiccion y del absurdo. Por fortuna son demasiado trasparentes para poder ocultar lo que encubren: esas pretensiones no son sino una ligera gasa á través de la cual se percibe clara y distintamente la tradicion de familia. En el fondo de todas esas declama-

ciones no hay mas que política personal. Y hé aquí lo que importa poner de manifiesto, para que de una vez se ilustre la opinion de Europa y no se estravien las ideas. ¿Por qué se ha de permitir que se difunda el error, cuando se le puede destruir en su base? Esto seria un verdadero crímen.

Hagamos una ligera incursion en el campo de la historia contemporánea, y allí encontraremos, con relacion á la Francia, situaciones perfectamente análogas á la que hoy quiere crear, á las que provocará mañana, constantemente; porque tal es el interés y el instinto del Imperio.

V.

¿Qué intereses representó la Francia en la guerra de Oriente?

A ningun hombre, un poco habituado á ocuparse de los negocios públicos y de asuntos diplomáticos, se le ocurre hoy dudar un solo instante, de que la tan decantada cuestion de Oriente, no fué, ni menos pensarlo, una verdadera *cuestión europea*. Cuatro años llevamos estudiando esa guerra en su orígen, en su curso y en sus consecuencias; y este tiempo ha sido suficiente para que haya aparecido claro como la luz, que no ha habido tal cuestion de Oriente con las proporciones europeas que la fueron dadas. Las pretensiones de la Rusia al protectorado de los cristianos súbditos del Sultan, y las disensiones surgidas sobre la forma de ocupacion y conservacion de los Santos Lugares, fueron un magnífico pretesto que la casualidad puso en manos de la Inglaterra, para satisfacer uno de sus mas ardientes, mas antiguos, mas importantes deseos.

La Rusia, lenta y silenciosa, pero constante, venia desde muchos años atrás organizando una poderosa marina en los dos mares interiores que bañan sus costas; el Báltico y el Negro. De este modo iba sin descanso estendiendo su influencia en los paises asiáticos contiguos á las vastas posesiones de la India inglesa: este trabajo sucesivo de la Rusia era una amenaza á la omnipotencia marítima de la Inglaterra, y á los mas fecundos manantiales de su riqueza comercial; continuando así algunos años mas, la Rusia vendria á ser una imponente rival de la Inglaterra. Nada, pues, podia importar á esta tanto como hacer la guerra á aquella; guerra cruda, sangrienta, destructora, que aniquilase su flota, que la arrebatara el dominio del mar Negro, que acabara con su influencia en Constantinopla. La Inglaterra no tenia necesidad de apoderarse de una parte del territorio ruso, no: la bastaba deprimir el imperio de los Czares, debilitarlo, privarlo de los grandes elementos marítimos que á la sombra de la paz y en el silencio de su misteriosa administracion habia venido creando; desprestigiarlo en Asia, destruir sus establecimientos en aquellas costas, anular su influencia en los paises cercanos á la India inglesa, elevar en fin, entre los intereses rusos y los intereses ingleses del Asia, una barrera tanto mas fuerte cuanto que tuviese por base la proteccion colectiva de las grandes naciones europeas. Para esto, y solo para esto, deseaba la Gran Bretaña hacer la guerra á la Rusia: no podia ella sola, es verdad, acometer tan grande empresa, pero por su fortuna podia contar en el continente, si no con intereses afines á los suyos, con sentimientos muy propicios y facilísimos á su hábil esplotacion. Cómo la Inglaterra supo esplotar esos sentimientos en provecho propio; cómo condujo la cuestion; cómo encendió la guerra, á la par que fingía negociar en Viena, y cómo, en fin, supo obtener de la lucha resultados que sobrepujaron á sus mas poéticas ilusiones, son cosas que

todo el mundo sabe hoy de una manera indudable, y por lo mismo no han menester de nuevas pruebas.

Mientras tanto, ¿qué fué la Francia á buscar á la guerra de Oriente? ¿Seguridad para sus cinco distritos del Gobierno general de Pondichery? La pequeñez misma de aquel territorio le pone á cubierto de la codicia de la Rusia, que jamás ha pensado en las posesiones francesas de la India Cisgangética. ¿Proteccion y fomento para su comercio en Asia? Es demasiado exiguo este para que valga la pena de provocar una gran guerra en Europa; y además, si algo amenaza su presente ó embaraza su porvenir, no es en verdad la rivalidad comercial de la Rusia, sino la de los poseedores del resto del Indostan; de los que varias veces se han apoderado de las posesiones francesas, y del mismo Pondichery; de los que, en fin, se las devolvieron á la Francia en virtud de los para ella tan ominosos tratados de 1815. ¿Fué la Francia á Oriente en busca de gloria militar? No la necesita en verdad: la Francia de la República y del Imperio, no ha menester conquistar ahora laureles en los campos de batalla, ni probar de nuevo la bravura de sus hijos. ¿Fué tal vez á exigir una reparacion por los ultrajes de 1815? ¿Una satisfaccion á su honor ofendido? Tampoco: la invasion de 1815 no tuvo por objeto subyugar la Francia, sino acabar con el Imperio, con sus turbulencias eternas, con sus insaciables ambiciones. La Francia, despues de la invasion de la llamada Santa Alianza, vino en último resultado á quedar conforme estaba antes de las guerras de la República; es decir, con todas sus posesiones legítimamente adquiridas. Además, la Francia de 1853, estaba gozando de toda la parte de influencia que por derecho propio la pertenecia en los negocios europeos. La monarquía de julio la habia devuelto el rango que la era debido.

La Francia, y esta es la verdad, no fué á Crimea á representar ni á defender sus intereses nacionales: fué, y

todo el mundo lo comprenderá, impulsada por resortes personales, cuyo juego, ignorado tal vez de la multitud, fué desde luego conocido por las cancillerías europeas, cuya conducta sucesiva vino, si no á revelarlos por completo, á recomendarlos por lo menos al estudio de los hombres pensadores. Nosotros vamos á indicarlos para conseguir de este modo que la verdad quede restablecida en toda su pureza.

En el mes de diciembre de 1851, el Príncipe de Schwartzemberg, primer ministro del emperador de Austria, quiso ponerse de acuerdo con las Córtes de Berlin y San Petersburgo, sobre la conducta que habia de observarse con el Gobierno francés, y al efecto pasó una nota á los dos mencionados Gabinetes. El Emperador de Rusia, Nicolás I, hizo contestar al Príncipe, que estaba perfectamente indicada por las circunstancias la política que debia seguir: que lo único que habia que hacer era ejecutar pura y simplemente contra Luis Bonaparte, los decretos del Congreso de Viena, mantener en toda su fuerza las declaraciones de las potencias en 1814 y 15, y restablecer en Francia un Gobierno regular.—«De esto, decia, depende la tranquilidad de la Europa.» —Cuando el Presidente de la República francesa, tuvo conocimiento de la respuesta del Czar al primer ministro austriaco, pronunció estas palabras: —«Está bien; será un duelo á muerte entre los Bonaparte y los Bomanoff.»—

Mas tarde; cuando el Imperio fué proclamado en Francia, el Emperador Nicolás afectó tratar á Napoleon III con el mas marcado desdén; y nadie ignora que el autócrata ruso tuvo, durante bastante tiempo, un placer en suscitar obstáculos de todo género á los diversos proyectos de enlace matrimonial que el Emperador de los franceses propusiera á diferentes córtes alemanas. Dícese que Napoleon conservaba vivo en 1853 el recuerdo de esta conducta del

Czar. Por otra parte, el Soberano francés sentía la necesidad de conquistar un puesto entre los demas de Europa; de acreditar su dinastía; de tener voz y voto en los Congresos europeos; de adquirir, en fin, esa especie de consagracion que debia darle la victoria. Hé aquí la ambicion, legítima si se quiere, que Napoleon III tenía que satisfacer en Crimea. El Gobierno inglés combatia por los mas graves intereses de su pais: estamos de acuerdo. Pero la conciencia pública, con mas ó menos motivo, no atribuye á la conducta del Emperador de los franceses un móvil análogo. Nosotros consignamos los hechos; no queremos usurpar al criterio público el derecho de apreciarlos. De todos modos, hoy seria un contrasentido venirnos hablando de cuestion europea, de equilibrio y de intereses generales. Si todo eso hubiese sido verdad, otra hubiera sido la actitud de Europa en aquellas circunstancias. Si el Austria, la Prusia, la Alemania toda, la Suecia, la Noruega, la Dinamarca, la Suiza, la España, el Portugal y la Italia entera, á escepcion del Piamonte, se mantuvieron neutrales, y se cruzaron de brazos, por decirlo así, ante la tiránica lucha de Crimea ¿por qué fué? Porque desde el principio conocieron que no se iba á ventilar allí el verdadero interés europeo.

VI.

Pues bien: la política que se atribuye á los ejércitos franceses en la guerra de Crimea, es la misma que ahora se supone en el Gabinete de las Tullerías al suscitar la cuestion italiana, si es que cuestion italiana existe real y verdaderamente en la exacta acepcion de la palabra.

Las condiciones de gobierno interior en que hoy se en-

cuentran todos los Estados italianos vienen siendo las mismas de nueve años á esta parte. Durante todo este tiempo no se ha creido necesario dar otro paso, que hacer votos en favor de algunas modificaciones que se decian convenientes. Algo mas se ha hecho, es verdad, respecto á los Estados pontificios, cuyo gobierno interior ha sido objeto de las concienzudas y prudentes observaciones de los gabinetes europeos desde 1831. Pero, aun en este punto, no solo no están agotados los medios diplomáticos, sino que los que se han puesto en juego lo han sido con flojedad, con el recelo y falta de unidad que naturalmente inspira esta cuestion, de inmensa trascendencia y de dificultades gigantescas. ¿Cómo, pues, ha podido verse hoy en la guerra la única resolucion posible de los asuntos de Roma? ¿Por qué la Francia imperial, católica en su principio, casi hasta el ultramontanismo, se ha desmentido así repentinamente de la noche á la mañana?

Por otra causa análoga, dicen, á la que la llevó á los campos de Crimea: Napoleon III no aspira á crear para su hijo un reino de Italia, no pretende traer á Pio IX al pabellon Marsan, como vino su predecesor Pio VII; así lo ha asegurado él implícitamente en mas de una cuestion, y no hay por qué negar crédito á sus aserciones. Pero, si no quiere reinar en Italia, quiere que allí, como en todas partes, domine su influencia: esta es la ambicion del segundo Imperio.

Nadie puede desconocer que la Francia imperial ha vivido constantemente atormentada por los celos que la inspira la influencia austriaca en Italia. Esta es la clave de muchos sucesos que están teniendo lugar: ¡como si esa influencia no fuese legítima, no estuviese justificada por mas de un concepto! Aparte los poderosos lazos de familia que unen al Austria con varios Estados italianos desde los tiempos de María Teresa; aparte el peso que viene ejerciendo

en la mayor parte de aquellos gobiernos por consecuencia de la posicion que en Italia la crearon los tratados de 1815, no se puede negar que sucesos recientes la dan grandes títulos á su influencia. Los duques soberanos de Toscana, de Módena y Parma fueron reintegrados en sus dominios por la accion directa del Austria despues del cataclismo de 1848. ¿Qué mucho que el Austria sea hoy preponderante en los gobiernos de los tres Ducados? El Rey de Nápoles, es verdad, triunfó por sí solo de la revolucion; pero sus triunfos fueron en gran parte debidos á las victorias del Austria; y, además, es imposible desconocer cuánto mas grande es la afinidad que existe entre la política del Gabinete de Viena y la del de Nápoles, que entre la de éste y la del Gabinete de París. ¿Qué mucho que Fernando II acuerde sus simpatías al Austria mucho mas que á la Francia? En cuanto á Roma, la cuestion es mas complicada. El doble carácter de jefe espiritual de la Iglesia y de soberano temporal de sus Estados, que simultáneamente se encuentran en el Sumo Pontífice, dan á todas las cuestiones de Roma un fondo de dificultades y complicaciones que las hacen inmensamente difíciles, si no imposibles de resolver.

Cuando despues de mil dudas y vacilaciones mil, el Padre Santo se decidió á abandonar á Gaeta, y á regresar á la ciudad eterna, ya las tropas enviadas por la república francesa habian restablecido el órden en Roma, y la autoridad temporal del soberano en los Estados de la Iglesia, con la ayuda de las bayonetas españolas, napolitanas y austriacas. El 4 de abril de 1850 hizo Pio IX su entrada solemne en la capital del mundo católico, escoltado por las tropas republicanas de la Francia. Cierto que el Sumo Pontífice recibió entonces pruebas inequívocas de particular afecto de parte de las cuatro naciones, cuyas fuerzas combinadas le habian devuelto el lleno de su autoridad temporal; y Pio IX se apresuró á espresar toda su gratitud en el primer Con-

sistorio que celebró despues de su vuelta á Roma: las palabras que pronunció el Papa, el 20 de mayo siguiente, manifiestan bien á las claras cuánto agradecimiento habian engendrado en la elevada alma de Pio IX los esfuerzos que en favor suyo hicieran España y Nápoles, Francia y Austria.

Pero, al mismo tiempo, no se puede desconocer que los franceses fueron desde un principio recibidos con prevencion por la Roma pontifical, que los ha mirado y los mirará siempre como á hijos de Voltaire: el estado oficial, la crecida y orgullosa burocracia romana, no han sabido, ó no han querido, disimular las pocas simpatías que les inspiran las tropas francesas. En cambio, el Austria ha ido creciendo constantemente en influencia y en ventajosa posicion, porque el advenimiento de Francisco José al trono de los Césares austriacos fué el punto de partida de una política nueva, que cambió, casi radicalmente, las relaciones del Gabinete de Viena con el Vaticano; política de inmensa trascendencia, que ha ido desarrollándose en los años sucesivos, y cuya última espresion es el Concordato de 1855. Esta política, engendrada por una misteriosa circunstancia de familia, hizo desaparecer, á los ojos de Roma, el Austria del emperador José II, para no ver en su lugar mas que al Austria actual, tal cual aparece perfectamente retratada en el citado Concordato; Roma, que habia aplaudido la abdicacion del decrépito emperador Fernando y la de su hermano el archiduque Francisco Cárlos; que de tiempo antes habia leido, como en un libro abierto, en el alma del jóven Francisco José, formado á imágen y semejanza de la de su madre, la archiduquesa Sofía; Roma habia previsto, con su proverbial penetracion, todo el porvenir de inmensas ventajas que la preparaba el nuevo reinado: prevision que los tiempos sucesivos han confirmado plenamente. Por eso los soldados austriacos han sido mirados, en los Estados de la Iglesia, con notable preferencia sobre los franceses: por

eso tambien las observaciones de la Francia, ya contra determinados ministros del Papa, ya contra las instituciones políticas de su gobierno, han sido constantemente desoidas; mientras que una sola indicacion del Austria es recibida casi como una órden por el poder del Vaticano.

Despues de todo esto hay que tener presente que, al entrar el Papa en Roma, habia desaparecido de todo punto la política anterior, así la espontáneamente inaugurada por Pio IX en 1847, como la forzadamente provocada por los sucesos de 1848. No hay para qué decir que los proyectos de reforma de los primeros años del Pontificado actual, la Constitucion de 15 de marzo de 1848, y hasta el *motu propio* de 19 de setiembre de 1849, todos han sido relegados al olvido: es mas que probable que la *Cancillería apostólica* no haya concedido á estos documentos ni siquiera los honores de sus archivos.

¿De dónde ha nacido ese cambio casi esencial? ¿Por qué en el Papa de hoy no se refleja nada el Pio IX de 1846? Misterios son esos impropios de este lugar: este libro no está escrito con el objeto de esponer la política romana ni el gobierno interior de los Estados de la Iglesia. Si hemos hecho alguna indicacion sobre estas materias, es porque así lo juzgábamos necesario para esclarecer la llamada cuestion de Italia que nos ocupa. Con lo dicho basta para poner al alcance de nuestros lectores la verdadera razon de ser de la influencia del Austria en Italia: influencia que eclipsa casi de todo punto la que la Francia imperial intenta ejercer en aquellos Estados.

Además de los celos, disculpables en verdad, que en el alma de Napoleon III está engendrando la influencia austriaca del otro lado de los Alpes, tiene, ó cree tener el Emperador de los franceses, grandes quejas de algun Gobierno de Italia. En obsequio á la verdad, fuerza es reconocer que Luis Napoleon Bonaparte, desde el momento en que fué

llamado á ocupar la presidencia de la República (10 de diciembre de 1848), ha hecho cuanto ha estado de su parte para ponerse á bien con Roma, y atraerse las simpatías y el apoyo del clero francés. Verdad es que el nuevo presidente elegido por cinco millones y medio de sufragios, estaba solo, completamente aislado en medio de la Francia, desde el dia siguiente al de su proclamacion en el seno de la Asamblea constituyente. Luis Bonaparte venia á desempeñar la primera magistratura de la República, sin otras garantías que las que le daba la herencia de un gran nombre cubierto de esa gloria tan cara al pueblo francés: pero sin partido, sin esa gran base de toda posicion política que aspira á durar largo tiempo. Luis Bonaparte fué mirado en un principio como la tabla de salvacion de una sociedad que para una multitud de almas tímidas estaba al borde del abismo; pero si los fanáticos partidarios del órden á cualquiera precio vieron en él el enviado de la Providencia para conjurar peligros mas temidos quizá que reales, no faltaron hombres sensatos que temieron ver naufragar todas las libertades públicas de la Francia en este triunfo del órden social. De todos modos, el Presidente de la República, comprendiendo su aislamiento entre los viejos partidos políticos, intentó crearse uno con los restos de los demas, halagando intereses y pasiones, si no de todo punto opuestos, al menos perfectamente hetereogéneos. Su primer ministerio (20 de diciembre), es la exacta espresion de las miras del Presidente: Mr. de Fallonx fué llamado á la instruccion pública, para representar en el Gabinete los intereses legitimistas y el pensamiento del clero.

Difícil seria seguir paso á paso la política inaugurada en Francia el célebre 10 de diciembre bajo este punto de vista. Luis Napoleon Bonaparte no solo mantuvo las disposiciones del general Cavaignac, respecto á la ocupacion de Roma por las tropas de la Francia republicana; no solo

contribuyó con todo su influjo, con toda la accion de su diplomacia al regreso de Gaeta, y al restablecimiento de la plena autoridad del Pontífice, sino que no retrocedió en la línea de conducta que se habia trazado; no se ha desmentido despues una sola vez, á pesar de la tibieza con que la comision estraordinaria de gobierno establecida en Roma el 1.° de agosto de 1849, que los demócratas italianos llamaron el *triunvirato rojo*, recibió el consejo que el Presidente de la República francesa quiso darles en la memorable carta que escribió á su ayudante de campo y particular amigo Edgardo Ney, y que este publicó. Desde entonces el Presidente, despues Emperador, ha venido fomentando los inreses del clero, acreciendo su importancia, robusteciendo su influencia, y atrayéndolo por todos los medios posibles. El alto clero ha sido llamado á las elevadas regiones oficiales, donde está haciendo un gran papel; se ha restaurado una multitud de templos ruinosos; se ha restablecido en la corte la ya olvidada dignidad eclesiástica del Gran Limosnero; se ha creado de nuevo el cabildo de San Dionisio y devuelto á la antigua necrópoli toda la importancia que tuvo en el primer Imperio, ó mas tal vez. A la sombra de estas medidas y del espíritu que las ha dictado, el clero ha venido reconquistando la influencia que habia perdido en tiempo de la monarquía de julio.—Entonces reinaba una tolerancia completa en materias religiosas; habia una tribuna grandemente autorizada y abierta á todas las ideas; una prensa sin trabas, un espíritu de libertad tan ámplio cuanto era compatible con el órden; entonces escribió Beranger sus imortales canciones; Eugenio Sue sus democráticas novelas, y unas y otras eran devoradas por la masa del pueblo. El clero, entonces, no tenia influencia fuera del presbiterio, y aun allí, bajo el ojo siempre vigilante de la autoridad civil. Desde 1849 la escena ha ido cambiando por completo: en poco tiempo desapareció la antigua tribuna par-

lamentaria, la prensa perdió su libertad; Beranger y Sue han pasado á mejor vida, y el *Univers* domina en el campo de la discusion secundado por el *Constitucional*. El clero francés no podia permanecer insensible á tanta proteccion; así es que en repetidas ocasiones ha devuelto al Imperio, en apoyo moral, lo que del imperio recibiera en intereses, en influencia, sobre la sociedad.

Pero al mismo tiempo ¿cuál ha sido la conducta de Roma con el poder restaurador de la Francia? La acogida hecha en 1849 á la corte de Edgardo Ney, fué su digno preámbulo. Los embajadores franceses, cerca de la Santa Sede, se han visto con frecuencia postergados á los austriacos, ó cuando menos sus consejos no han sido siempre oidos. Mr. de Rayneval como Mr. de Grammont, han pasado en Roma momentos muy poco satisfactorios, cuyo efecto se ha reflejado en Tullerías por mas que allí hayan quedado envueltos en las sombras del misterio. El Emperador ha atribuido esta política anti-francesa, decididamente austriaca, á la influencia hoy omnímoda del cardenal Antonelli; y si alguna vez los representantes del Imperio han manifestado á nombre de su Soberano, que seria conveniente reemplazar al cardenal con otro menos hostil á la influencia francesa, lo cierto es que no se ha dado mucha importancia á la reclamacion de los embajadores franceses. Mas de una vez se ha dicho en el mundo diplomático, que el Emperador habia manifestado su intencion de retirar la division francesa que ocupa á Roma y á Civita-Vechia, á lo cual el Gobierno pontificio no se ha opuesto en manera alguna, por cuanto el ejército austriaco estaba ciertamente bien á la mano para cubrir el servicio que la salida de las tropas francesas hubiera dejado descubierto. Claro está que esta espontaneidad de parte del Gobierno pontificio no podia agradar al Gabinete de Tullerías, que, ante todo, no queria perder una sola parte de la escasa influencia que en Italia ejerce á beneficio de la

posicion militar que allí ocupa. Por eso la evacuacion parcial no ha pasado hasta ahora de un amago.

Pero hay mas aun: la prensa ministerial francesa, en mas de una ocasion, y correspondencias muy autorizadas, dirigidas desde París á periódicos ingleses y belgas, han hecho correr un rumor, tal vez infundado, pero que ha producido mucho efecto. Segun estos documentos, Napoleon III concibiera un tiempo el deseo de ver reproducida á su favor la solemne ceremonia que tuvo lugar el 11 frimario, año 13 (1.º de diciembre de 1804), en la catedral de Nuestra Señora de París, y que al efecto Pio IX viniese á París como su predecesor Pio VII. Es posible que no existiesen nunca tales deseos por parte de Napoleon III; y si alguna vez agitaron su corazon, hoy debe estar bien desengañado. Porque lo cierto es que el segundo Emperador no ha recibido el Óleo santo que la Iglesia Católica acostumbra á derramar en casos análogos en la cabeza de los ungidos del Señor.

La acogida que Roma ha hecho al nuevo Imperio nos sugiere una observacion, cuya justeza no es posible desconocer. Los apóstoles del bonapartismo se admiran de que el mundo no le dispense toda su confianza y no preste fácil y entero crédito á sus protestas: esto, sin embargo, tiene una esplicacion muy sencilla. Luis Napoleon Bonaparte no representa en el trono de Francia los antecedentes históricos, las seculares tradiciones de los Valois y de los Borbones: el actual Emperador no tiene pasado de familia que conservar ni desmentir. El bonapartismo tiene lógicamente una libertad de movimientos que alarma á toda la Europa; y así puede continuar la política esterior seguida hasta aquí por Napoleon III, como puede exhumar la que siguió su tio. En vano protesta á cada paso aquel de la veracidad de sus pacíficas intenciones, y da cada dia mas y mas seguridades para el porvenir. El mundo oye estas palabras sin conven-

cerse completamente; conserva sus recelos, sus sospechas, y á cada frase ambigua, á cada palabra de doble sentido que vé la luz pública en el *Moniteur*, estremécense los gobiernos, alármanse los pueblos, y los fondos se pronuncian en baja: una reticencia del diario oficial lleva el temor y la desconfianza, la sospecha y la conmocion á todas las cancillerías, como á todos los mercados de Europa. Esta es una verdad, tan lógica como palpable á todo el mundo, y que esplica perfectamente la conducta de los pueblos italianos y alemanes para con el Imperio francés. Por otra parte, no se puede perder de vista que Napoleon III tiene delante de sí un numeroso ejército, á quien debe una gran parte de lo que es, y que no se acomoda á vivir en la inaccion de los cuarteles y de las guarniciones, ó en las maniobras estériles del campo de Chalons: el ejército francés quiere guerra para satisfacer sus ambiciones. Además, Napoleon toca por sí mismo la necesidad de alimentar, con grandes acontecimientos, la inflamable imaginacion de su pueblo; de entretener la actividad de la Francia con grandes empresas, de distraer la por demás veleidosa fantasía de una nacion, como ninguna apasionada por la novedad, y á cuya naturaleza repugna mortalmente la acompasada monotonía de la vida de las demas naciones. La Francia, dicen, quiere paz: cierto que la quiere; pero acompañada de aventuras caballerescas y salpicada de escenas de grande efecto. Este es el carácter de ese gran pueblo, que por lo mismo ha nacido para las empresas heróicas. Napoleon III conoce, como nadie, esta necesidad, y á este conocimiento debe atribuirse gran parte de las evoluluciones que se observan en la política esterior del segundo Imperio, en el corto tiempo que lleva de existencia.

VII.

El Piamonte, á su vez, está siendo grandemente responsable de la intranquilidad en que la Europa vive de tres meses á esta parte, y en que vivirá aun algunos mas, por bien que el problema pendiente se resuelva. En el alcázar de sus reyes, en el gabinete de sus ministros, en la tribuna de su Parlamento y en las columnas de sus periódicos han resonado palabras capaces de llevar la alarma á toda Europa, por lo mismo que envolvian una amenaza contra un Estado, ó una censura de los actos de otro, por lo mismo que de buena fé, pero con imprudencia, lamentaban la situacion de algunos pueblos italianos, bien digna de lástima por cierto, pero que no es cuerdo compadecer desde regiones tan elevadas! El Piamonte tambien tiene mucha parte de culpa en la angustiosa crísis que ha atravesado y está atravesando la Europa, porque las medidas que un dia tras otro dia ha venido dictando su gobierno, de algunos meses acá, no solo han agravado considerablemente esa crísis, iniciada en las márgenes del Sena, sino que ellas solas bastarian á producirla si antes no existiese ya. ¿Qué se ha propuesto el Piamonte en la conducta que hoy sigue? Lo que se ha propuesto siempre: la realizacion del sueño eterno de la casa de Saboya; lo que sucesivamente y por medios de muy diversa naturaleza han venido consiguiendo desde mediados del siglo XI los condes ó los duques de Saboya, despues reyes de Cerdeña: el acrecentamiento de los Estados sardos hasta reunir bajo su cetro, si es posible, todos los pueblos italianos; hasta crear, por lo menos, el reino de la alta Italia. La historia entera de ocho siglos cabales, des-

de Amadeo, *La Cola*, hasta Cárlos Alberto; desde la coronacion del Emperador Enrique III en Roma, hasta la derrota sufrida por el Rey de Cerdeña en los campos de Novara, está demostrando la verdad de nuestro aserto.

Mas firmes en nuestro propósito de evitar con el mayor cuidado todo lo que pueda parecerse á pedantesco alarde de erudicion, prescindimos de la historia antigua, y buscamos en la contemporánea la esplicacion lógica de la actual conducta del Gabinete de Turin.

¿Qué fué á buscar el Piamonte en la guerra de Crimea? Cuando las dos grandes potencias occidentales declararon la guerra á la Rusia, quisieron que las demás naciones aprobasen su conducta, no en un Congreso europeo reunido *ad hoc*, y cuyas discusiones temieron quizás, sino por medio de adhesiones particulares de cada Estado al tratado de alianza ofensiva y defensiva celebrado entre ellas dos. Al efecto se dirigieron notas á los diferentes Gabinetes solicitando su adhesion: todos, bajo pretestos diversos, supieron evitar el compromiso, y se declararon abiertamente neutrales: uno solo se adhirió de lleno, y principió los aprestos necesarios para llevar sus fuerzas al lado de las de Francia y la Gran Bretaña. Este Estado fué el Piamonte: á pesar de la tristísima situacion de su Tesoro, el Gobierno de Turin dispuso una espedicion militar, compuesta de 17,000 hombres, al mando del general Lamarmora, que, con un denuedo de que ciertamente no tenian necesidad de dar nuevas pruebas, conquistaron abundantes laureles, tan gloriosos como caros. Un empréstito de doscientos millones de reales, 5,000 soldados fuera de combate, y, por último, una bien amarga decepcion, tal fué el subido precio á que el contingente sardo compró la gloria de figurar en los campos de Crimea. Amarga decepcion, decimos, porque el Gabinete de Turin vió en 1856 desvanecerse las doradas ilusiones que concibiera dos años antes, fundándose en promesas, tal vez en trata-

dos secretos, qué, á no estar cegado por una tradicional ambicion, debió desde un principio mirar como irrealizables.

En efecto, hoy para nadie es un misterio la causa que produjo la adhesion del Piamonte al tratado de 12 de marzo de 1854 entre la Francia y la Inglaterra. Seducido por las pomposas promesas de aquellas dos potencias, contaba de seguro con considerables acrecimientos de territorio que le preparaban en Italia el mas risueño porvenir. Mas aun: personajes muy importantes y manifiestamente amigos del Rey Victor Manuel y sus ministros decian públicamente entonces que se habia concluido entre la Francia, la Inglaterra y la Cerdeña, un tratado secreto, en el cual se estipulaba que despues de terminada la guerra, de cuyo éxito no era lícito dudar, serian incorporados á la corona sarda los Ducados de Parma, Florencia y Módena, por lo menos. No garantizaremos nosotros la existencia real y positiva de un tratado escrito; pero tampoco podemos dudar un instante de que mediaron promesas solemnes en el sentido que hemos espuesto: promesas irrealizables de todo punto, y que por lo mismo no debieron hacer las potencias occidentales. Ellas, mejor que nadie, sabian entonces, como saben ahora, que el Piamonte no puede estenderse contra la voluntad del Austria, y que esta no dará jamás su consentimiento. La cancillería piamontesa que goza en Europa de cierta reputacion de habilidad, se desmintió entonces como se está desmintiendo ahora: aceptó, como buenas, promesas que no podian ser sino ilusiones, y por eso sacrificó sus soldados y agravó la ya bastante comprometida situacion del Tesoro sardo. Y es que los ministros del Rey Victor Manuel no están tan al corriente como parece de los asuntos de la Europa: conocen poco ó conocen mal el tablero de su diplomacia; y probablemente la historia les hará un cargo severo de dejarse así llevar ligeramente de promesas ilógicas y de sueños irrealizables.

Sin embargo, el Piamonte obtuvo dos ventajas reconocidas en aquella ocasion: moderó un tanto, pero solo aparentemente, la actitud de sus relaciones con el Austria, que estaban entonces, como están hoy, y como estarán siempre, en malísimo estado, y fué llamado á tener voz y voto en el Congreso de París de 1856; lo cual, sea dicho de paso, no es poco lisonjero para un Estado cuya poblacion apenas llega á *cinco millones* de habitantes. Verdad es que las dos ventajas fueron bien poco duraderas, pues de ambas no queda hoy mas que un recuerdo.

Pues bien: la política que determinó la conducta del Piamonte en la guerra de Crimea determinó su conducta actual: sean cualesquiera las formas que revista esa política, sean cualesquiera los pretestos que la sirvan de punto de partida, su fondo es el mismo y su fin el de siempre. El Piamonte se ofrece hoy á los pueblos tiranizados de Italia como el tipo de la perfeccion, como el bello ideal de los gobiernos libres; y la casa de Saboya intenta esplotar en su favor la especie de fascinacion que la forma de su gobierno ejerce sobre pueblos regidos tan tristemente como Milán y Venecia, Florencia y Roma, Módena y Nápoles. En tiempos antiguos, los Príncipes de esa casa apelaban á medios no mas nobles ciertamente, pero mas eficaces para aumentar la estension de sus Estados; y desde la incorporacion de Turin en 1091 hasta la de la República de Génova y su territorio en 1815, el reino sardo ha ido creciendo por la agregacion sucesiva de Estados y pueblos ganados á fuerza de habilidad. Hoy se quiere continuar la misma política; y si alguna diferencia existe, no es seguramente en el fin sino en los medios. Esta es la verdad, por mas que se pretenda disfrazarla con estas ó las otras apariencias.

VIII.

Pero dejando á un lado las causas que hayan podido producir la cuestion italiana; mejor dicho, prescindiendo de los intereses que la han provocado, y sobre los cuales hemos dicho ya lo bastante, no es posible desconocer que los asuntos de Italia constituyen hoy una cuestion europea, que nosotros pudiéramos llamar cuestion de Occidente. Este complicado problema, cuyas inmensas dificultades no es necesario enumerar, se levanta hoy en medio de la Europa desafiando, por decirlo así, todas las soluciones que pudieran dársele. Las cosas han llegado ya á tal altura que es de todo punto imposible restablecerlas en su antiguo estado. Es indispensable abordar la cuestion de frente: la Europa no puede ya eludirla.

Tres son las soluciones que á primera vista se presentan para el problema italiano; la accion de los pueblos, la accion de los ejércitos, y la accion de la diplomacia.

O los pueblos italianos, que gimen bajo el yugo de los gobiernos absolutos, se levantan en armas, y espulsando al Austria del territorio de la Península, se dan á sí mismos las instituciones políticas que crean mas apropósito para labrar su felicidad interior:

O la Francia y el Piamonte unidos declaran la guerra al Austria, y haciéndola repasar los Alpes, emancipan á la Italia é imponen á los gobiernos de sus diferentes Estados las modificaciones que ellos quieran ó bien los dejan en libertad de constituirse como mas les convenga:

O, en fin, las cinco grandes potencias europeas se reunen en Congreso é introducen en el derecho público internacional, las alteraciones que estimen necesarias al mante-

nimiento del equilibrio y de la paz de Europa ; y además arbitran el medio de dar ordenadamente á los pueblos italianos la suma de libertad compatible con el espíritu del siglo.

Es decir, ó la revolucion, ó la guerra, ó un Congreso diplomático. Tales son las tres soluciones escojitadas hasta ahora por los publicistas de todos los paises, defendidas y combatidas alternativamente con abundante copia de razones. Nosotros declaramos sin vacilar, que la primera nos parece imposible, la segunda poco menos, y la tercera es á nuestros ojos insuficiente. Examinémoslas con imparcialidad y detenimiento.

IX.

La Revolucion.

Supongamos por un momento que todos los pueblos de la Península itálica se levantan como un solo hombre al grito de *¡Viva la patria independiente y libre!!* Supongamos que lombardos y venecianos, y romanos y napolitanos, y toscanos y modeneses y parmesanos, todos, en fin, enarbolan los tres colores sardos, y conducidos al campo de batalla por el Rey Victor Manuel, olvidan en un solo dia sus seculares rivalidades, y sus añejas antipatías; y que haciendo desaparecer como por encanto todas las diferencias que entre ellos establecieron la naturaleza y la historia, forman en un solo instante el todo mas compacto, mas fuerte, mas terrible de que se puede hacer mencion. Supongamos que este formidable ejército, á cuyo primer ímpetu nada parece resistir, empuja delante de sí los austriacos, arranca de nuevo á la tierra italiana los laureles de Goito, Mozámbano,

Vallegio, Cola, Sandra, Santa Justina, Pastrengo y Peschiera; que se apodera de las principales plazas fuertes, Plasencia, Herrara, Mántua, Milán, Láveno, Venecia, .etc., etc: que, en fin, domina todo el pais llano y establece en él sus reales. Y nótese que para suponer esto hemos debido igualmente suponer que la revolucion ha producido un ejército disciplinado, aguerrido, con buenos generales, con grandes trenes de batir, con grandes masas de caballería, con todo el material de guerra y con esos recursos inmensos que se necesitan para entrar en una campaña de esta especie; y asimismo hemos debido suponer que el ejército napolitano ha abrazado en masa la bandera revolucionaria, y que el Austria ha sido sorprendida en el mas culpable abandono; porque solo así seria fácil y rápida la victoria. Bien se vé que no escatimamos las suposiciones graciosas. Pues aun en este caso, el Austria ahogaria en poco tiempo y por sí sola la revolucion italiana, y para ello no tendria que hacer otra cosa mas que repetir las maniobras de 1849. El Austria, que no ha olvidado aquella rudísima leccion, ha invertido diez años consecutivos en aumentar sus medios de ataque y de defensa, en facilitar sus movimientos militares, en prepararse contra todos los futuros contingentes con que pudiera verse amenazada en Italia; y hoy la seria estremadamente fácil dejar á la revolucion enseñorearse un instante del pais, á fin de tener despues el placer de matarla para siempre, estrechándola de tal modo por la espalda y por los flancos, que la sofocase en un breve plazo. Lejos de nosotros la ridícula pretension de trazar aquí un plan de campaña: apelamos al testimonio de los hombres mas entendidos en el arte de la guerra: á los que conocen las posiciones que el Austria ocupa en el Tirol y los Alpes, y los elementos militares que encierra en su seno como potencia militar de primer órden; que digan ellos si es posible que triunfe la fuerza armada de la revolucion italiana de la

fuerza armada del Imperio austriaco: que estudien esas posiciones y esos elementos; que evoquen el recuerdo de 1849, y despues pronuncien su fallo. Nosotros, y lo declaramos en toda la sinceridad de nuestras rectas intenciones, nos sometemos desde luego á ese fallo.'

Por otra parte, el Gabinete de Viena se encuentra hoy libre de todos los embarazos que la sujetaban en 1848: no tiene que combatir la revolucion dentro de sus mismos Estados, ó transigir con ella; no ocupa el trono de los Césares un anciano decrépito, cuyo gran recurso en los momentos supremos fué la fuga. Hoy el Imperio está tranquilo dentro, y el alma indomable del Ban de Croacia ha trasmitido una buena parte de sus arranques al corazon del jóven Emperador Francisco José. Es decir, que las condiciones en que el Imperio se encuentra hoy, son esencialmente distintas de las en que se encontraba en 1848; nada le distrae, nada le estorba de acudir con todas sus fuerzas al otro lado de los Alpes: jamás ha sido tan fuerte el Imperio, jamás tan respetado. Y en este caso, no hay que hacerse ilusiones, el poder material del Austria seria inmenso, irresistible, al caer sobre la revolucion.

Para nosotros no admite duda; lleno de angustia el corazon y de pena el alma, reconocemos que la revolucion no puede con sus propias fuerzas crear la nacionalidad italiana. Antes de ahora lo hemos dicho, y ahora lo repetimos con toda la lealtad de nuestro pecho. ¡Dios ilumine á los pueblos italianos y los aparte de una revolucion que no serviria sino á empapar en sangre patriota los campos de aquel hermoso pais, y á afianzar para siempre la dominacion del absolutismo nacional ó estranjero!!

X.

La Guerra.

En el momento en que escribimos estas líneas empiezan á disiparse los temores que durante muchas semanas han estado atormentando á toda la Europa. Así, pues, esta parte de nuestro trabajo, ofrecerá un escaso interés, toda vez que ya no se siente tanto la necesidad de restablecer en los ánimos el sosiego de que les habia privado esa vana ostentacion de aprestos militares y de intenciones bélicas que acá y allá se viene haciendo de algun tiempo á esta parte. A nosotros no nos sorprende esta reaccion; la esperábamos, por el contrario, de un dia á otro, porque nunca creimos en la posibilidad de la tan anunciada y tan temida guerra. Para nosotros, esta era imposible, porque no era ni podia ser la solucion del problema italiano; para nosotros, todo ese alarde de fuerza por parte de la Francia y del Piamonte no significaba en el fondo lo que aparentaba significar: así que, siempre lamentamos la ceguedad de los pusilánimes porque nunca perdimos la confianza en un porvenir de paz. Y no se nos diga que así nos espresamos ahora en vista del giro que van tomando las cosas, no. Por fortuna sostuvimos esto mismo, hace mas de dos meses, en un diario de Madrid (1), en cuyas columnas esplanamos, tan ámpliamente como nos era permitido, nuestras opiniones en esta materia. Entonces digimos, y repetimos ahora, que nunca la cuestion de Italia seria bastante á provocar una guerra europea, porque las dos únicas naciones que podian tener un interés

(1) *El Dia*: números correspondientes al 18, 19 y 20 de enero último.

directo en declararla al Austria, es decir, la Francia y el Piamonte, se abstendrian siempre de hacerlo, seguras, como de antemano están, de ser inevitablemente vencidas. Entonces probamos de una manera concluyente, y Napoleon III lo sabe mejor que nosotros, que el Austria se presentaria á la liza, fuerte con su derecho escrito en tratados, odiosos, es vordad, pero legítimos: fuerte, con 300,000 soldados en línea y otros tantos de reserva: fuerte, con un material de guerra mas que suficiente para su ejército, y de facilísimo trasporte; fuerte, con la cooperacon directa y armada de toda la Confederacion germánica, sin escepcion de un solo Estado, que se levantarían como un solo hombre en defensa de su honor, de su influencia, de la integridad de la patria alemana, que es para ella la mas sagrada de las causas, y ante la cual desaparecen todas las disensiones, todas las rivalidades interiores: fuerte, con la neutralidad mas ó menos simpática de la Rusia, que si hoy, por una multitud de razones agenas á este lugar, no tomaria parte directa ni indirecta en la lucha, tampoco prestaria su apoyo á ninguna de esas dos naciones igualmente hostiles á la política de Pedro 1.°; fuerte, en fin, con la alianza eficacísima, moral primero y material despues, de la Inglaterra, que, al través de las ilusiones de todos los publicistas de París, és y será siempre enemiga irreconciliable de la Francia, entre tanto que por instinto, por interés, está constantemente buscando alianzas en la Confederacion Germánica, donde no tropieza con rivalidades marítimas, y en donde encuentra potencias militares de primer órden que la pueden prestar su apoyo en un dia dado. Hé aquí el mal trazado, pero exacto, boceto de la actitud del Austria, si la guerra europea llegase á surgir de los asuntos de Italia.

Se equivocan grandemente los que cuenten con la neutralidad de la Prusia: porque si un tiempo, no remoto aun, estuvo esta potencia un tanto enemistada con el Austria,

fué por causas que han desaparecido completamente. Ya no existe entre esas dos naciones el antagonismo religioso que antes las dividiera: si el Austria es profundamente católica, católico es tambien el primer ministro del Regente de Prusia, quien á su vez es lo mas tolerante que se conoce. Ya no existe tampoco esa veleidosa ambicion, ese carácter caprichoso, indeciso y fanático, que antes ocupaba el trono del Gran Federico: el Rey Federico Guillermo IV, y el partido de la Cruz, han sido reemplazados en la direccion de los negocios por el Regente y el partido nacional, aleman puro, aleman antes que todo, y cuya benéfica influencia se hace sentir muy principalmente en las relaciones con los demas Estados de la Confederacion. La escuela que este partido representa, profesa la doctrina patriótica, cuya mas robusta base son los tratados de 1815: asi que, la defensa de estos tratados, tanto en el Pó y el Tesino, como en el Rhin, tendrá siempre en favor suyo á todas las fuerzas morales y materiales de la Confederacion. Se equivocan grandemente tambien los que han contado con la neutralidad de la Gran Bretaña en presencia de una guerra Europea. Como si la reina de los mares, la que aspira á la dominacion comercial del mundo, pudiera permanecer indiferente ante una lucha de la cual necesariamente brotaria una influencia tan grande que oscureceria á la que ella pretende ejercer en todas las latitudes: como si la Inglaterra pudiese nunca dar lugar con su inaccion á que la Francia, su rival, su enemiga de todos los siglos, conquistase mas títulos que ella al respeto de las demas naciones del mundo, y de este modo se colocase á la cabeza de las potencias europeas. La Inglaterra, que, cinco años ha, declaró la guerra á la Rusia, solo porque habia medrado, en su poder marítimo, lo bastante para inspirarla celos en el presente y temores para el porvenir, la declarará igualmente y bajo cualquier pretesto á toda nacion que se encuentre en el

mismo caso, y por esta razon no tolerará nunca que se engrandezca la Francia, cuya marina es ya casi tan fuerte como la inglesa. Además, menos aun que por el Canal de la Mancha, viven y vivirán eternamente separados los dos pueblos por su historia, por su tradicion, por sus instintos, por sus intereses, por su educacion y hasta por su temperamento respectivos. Un mar insondable de ódios y resentimientos, de envidias y de rivalidades, de antipatías y hasta de sarcasmos, divide, y dividirá siempre, á esas dos naciones. Si alguna vez sus gobiernos, como en los 18 años de la monarquía de julio, han vivido en buena inteligencia; si alguna vez sus ejércitos, como en la guerra de Oriente, ó sus escuadras, como en la China, han combatido juntos, es porque así conviene á los intereses de la Inglaterra, la cual tendrá siempre habilidad para arrastrar á la Francia en seguimiento suyo cuando la importe contar con su cooperacion. Y aun en ese caso, los pueblos se odiarán entre sí; los ejércitos y las escuadras se escarnecerán mútuamente. Y desde el momento en que la causa, el interés, esencialmente británico, que los tiene momentáneamente unidos, desaparezca, volverán las cosas á su ser natural, á su situacion normal: la Inglaterra volverá á ser la rival franca y desembozada de la Francia.

En cambio la Inglaterra, potencia marítima, buscará siempre la alianza de potencias no marítimas como el Austria: la Inglaterra, potencia no militar, procurará estrechar sus relaciones con potencias militares de primer órden como el Austria: la Inglaterra, que, desde que perdió la corona de Hannover, no tiene por derecho propio un puesto en la Dieta germánica, se esforzará en conquistar la mayor suma posible de influencia en los asuntos de la confederacion, gigantesco antemural levantado por la naturaleza, entre las dos potencias rivales de la Inglaterra; la Rusia y la Francia. La Gran Bretaña, no omitirá nunca medio de influir

cuanto pueda en la Confederacion Germánica; y ciertamente no lo conseguiria si no fuese la fiel é íntima aliada del Austria y de la Prusia, que son las dos grandes palancas de la Alemania. ¿No se ha pronunciado en este sentido desde que dejó de necesitar la cooperacion de las armas francesas en Oriente? Cuando vió destrozada la escuadra rusa, y abatido el orgullo de los Czares en Inkerman, Alma y Sebastopol, ¿no se la ha visto colocarse al lado del Austria en sus diferencias con la Francia? ¿Cómo se esplica si no la conducta de lord Stratford en Constantinopla y de Sir Bulwer en los Principados antes y despues de convocarse los divanes *ad hoc*? Desde que se cerraron las sesiones del Congreso de París, solo en dos cuestiones parece estar de acuerdo la Inglaterra con la Francia: en la revision del acta de navegacion del Danubio y en la aprobacion del doble nombramiento del Príncipe Kuza, para Hospodar vitalicio de los dos Principados roumanos. En la primera cuestion está interesado el comercio marítimo de la Inglaterra, y en la segunda su deseo de ver levantarse en la Dacia de Trajano, un Estado independiente y fuerte que, con el tiempo, pueda contrarrestar las eternas pretensiones de la Rusia en Oriente. A no mediar estos dos gravísimos intereses, ni aun en estas dos cuestiones estaría la Inglaterra al lado de la Francia, sino secundando los deseos del Austria. Nadie duda de esto hoy; ni aun los mismos que por cálculo sostienen lo contrario.

Reasumamos: la guerra, tal cual ha venido anunciándose y aun predicándose desde 1.° de enero, no sería, ni podria ser, la solucion del problema italiano. Muy al contrario; porque la guerra no solamente consagraría una vez mas la dominacion actual del reino Lombardo-Veneto, sancionando de nuevo el acta final de Viena, lo cual sucederá de todos modos, sino que acreceria considerablemente la influencia del Austria en los demas Estados italianos por

medio de los sangrientos triunfos que los Croatas conseguirian indudablemente del otro lado de los Alpes. Es decir, que la cuestion quedaría en pié mas complicada, mas amenazadora, mas imponente de lo que hoy es.

XI.

Un Congreso diplomático.

La cuestion ha venido por sí misma á este terreno, como no podia menos de suceder. La revolucion italiana se detiene ante la perspectiva de una represion sangrienta é enevitable: el pensamiento y aun el deseo de una guerra contra el Austria, vienen necesariamente á estrellarse contra la seguridad de una liga alemana inmediata, y de una coalicion europea consiguiente al poco tiempo: contra los intereses materiales de todas las naciones solidariamente unidos en favor de la paz; contra el derecho, en fin, cuyo orígen, bueno ó malo, hemos espuesto ya, cuya fuerza por ahora es insuperable. No hay que hacerse ilusiones impropias de hombres pensadores, ni perderse en vanas declamaciones, que sientan mal cuando se discuten asuntos tan graves. La cuestion, pues, viene de suyo á presentarse ante el Consejo de las grandes potencias, único tribunal competente para decidir este punto de derecho público, sin lastimar de una manera violenta los intereses creados. Nada tiene de sorprendente la nueva fase de esta cuestion: al contrario, el criterio público la esperaba, porque la lógica lo exigia así. Las grandes potencias van á reunirse en Aquisgran, en Manheim, en Baden, en cualquiera ciudad que no sea ni austriaca ni francesa; porque desde un principio quieren dar pruebas de perfecta imparcialidad. Esta prudente con-

ducta está muy de acuerdo con la actitud que cada una de las potencias tiene que guardar en esta ocasion. El Congreso debe evitar todas las influencias locales, y respirar una atmósfera perfectamente pura. La eleccion de cualquiera ciudad neutral, para punto de reunion de la Conferencia, es un testimonio mas del buen tacto de las cancillerías europeas.

Desde luego hieren nuestra atencion algunas de las circunstancias que preceden á la reunion del Congreso. No queremos pasarlas desapercibidas por lo mismo que no carecen de significacion.

En primer término, aparece la Inglaterra tomando la iniciativa en el terreno de las negociaciones, y confía á Lord Cowley, su embajador en París, la mision de llevar á Viena el pensamiento conciliador de Lóndres. Nada mas sencillo que la esplicacion de esta conducta. La Inglaterra está grandemente interesada en evitar una declaracion de guerra entre la Francia y el Austria, por una multitud de razones. Por lo pronto, mientras no esté de todo punto sofocada la gigantesca rebelion del Indostan, que absorve casi todas las fuerzas militares de la Inglaterra, esta potencia evitará, por cuantos medios estén en su mano, el compromiso de tener que tomar parte en una guerra europea, por simpática que sea á sus intereses. A primera vista se comprende esta embarazosa situacion de la Gran Bretaña. Además de esto, no hay que olvidar que, hace apenas tres años, los mas grandes intereses británicos se salvaron, gracias á la poderosa cooperacion de las armas francesas: los inmarcesibles laureles cogidos en Crimea, pertenecen de derecho al ejército del Emperador Napoleon, mas bien que al de la Reina Victoria; y si la Inglaterra conquistó allí, tal vez, la seguridad y el porvenir de esas posesiones de Asia, y la base mas sólida de su colosal comercio marítimo, esta conquista de inestimable de precio, es debida en su mayor par-

te al denuedo de las divisiones francesas. Por otra parte, hoy mismo están las fuerzas de ambas naciones combatiendo juntas en la China, donde, como en Crimea, se ventila una causa, un interés esencialmente británicos. Pues bien: en medio de estas circunstancias, la Inglaterra, que, mas pronto ó mas tarde, tendria necesariamente que declararse en favor del Austria, incurriría en la nota de ingrata, lo cual no puede convenirla nunca. Despues de todo, no ha llegado todavia la oportunidad de conciliar intereses para ella encontrados, y que necesariamente vendrian en breve á ser objeto inmediato de discusion, en el caso que estallase la guerra. La Inglaterra protestante, desea ver al Sumo Pontífice deprimido, desprestigiado, y lo mas débil posible. Al efecto, veria con júbilo la separacion del poder espiritual del temporal que ejerce en sus Estados el Vicario de Jesucristo. La Inglaterra marítima aspira, hace infinitos años, á la posesion de la Isla de Sicilia, que con tan ventajosa posicion la brinda en el Mediterráneo; por consiguiente, veria con el mayor placer reducido á la última necesidad á ese Rey de Nápoles, objeto constante de la animosidad de su política. Pero la Inglaterra tiene que sofocar al presente todos estos añejos deseos suyos, y aplazar para lo futuro su satisfaccion: el espíritu de la época no la permitiría realizar sus planes sobre Italia.

¿Por qué la Rusia se ha apresurado á proponer la reunion de un Congreso para resolver el problema italiano? Varias son las causas que concurren á producir esta conducta del Gabinete de San Petersburgo. Sabido es que hay en las altas regiones de la política francesa un partido que se llama *ruso*, como hay otro apellidado *francés* en las de la Rusia. Estos dos partidos, compuestos de personas influyentes, y á cuya cabeza están notabilidades de primer órden, tienden, segun de público se dice, á estrechar cada dia mas la alianza establecida entre las dos naciones, á fin de ha-

cería prevalecer sobre la alianza anglo-francesa, que á su vez cuenta con la proteccion de poderosas influencias. Los hombres que en París componen y apoyan al partido *ruso*, discurren con cierta justeza lógica que no es posible desconocer: convencidos están de que la alianza de la Francia con la Inglaterra ha sido siempre, aun en sus mejores tiempos, y no puede menos de ser, ficticia y caduca; y por lo mismo quieren sustituirla con la de otra gran potencia, que ni por su posicion topográfica, ni por su organizacion social, ni por sus intereses materiales, ni por el papel que en el porvenir esté llamada á representar en el mundo, pueda ser legítimamente rival de la Francia. Piensan, con fundamento, que entre San Petersburgo y París puede existir una amistad real, duradera y fecunda en resultados buenos para ambas naciones. Á su vez el partido *francés* de Rusia, tiende á procurar al Imperio moscovita una poderosa alianza en Occidente. Claro es que esta no puede ser nunca la alianza inglesa, toda vez que los intereses de la Rusia y de la Gran Bretaña son, en mas de un concepto, diametralmente opuestos. De aquí que el partido *ruso-franco* de San Petersburgo piense y obre en el mismo sentido que el partido *franco-ruso* de París. Tal vez el Emperador Alejandro no está lejos de abrigar las mismas ideas: la entrevista de Stuttgard, las visitas del Príncipe Constantino á París, el recibimiento hecho al conde de Morny en la córte del Czar y la distinguida posicion que en ella ocupó, con mil otros síntomas, si no tan terminantes, no menos significativos, dejan comprender que, en efecto, las relaciones entre estas dos potencias han cambiado considerablemente de carácter desde el fallecimiento de Nicolás I. Por lo que hace á la Francia, la opinion pública ha creido ver que, despues de la guerra de Crimea, ha crecido en la córte la influencia del conde de Morny, jefe, segun parece, del partido *franco-ruso*, en tanto que ha ido decreciendo la del conde de Persigny, partidario reconoci-

do de la alianza franco-británica: este, sin duda alguna, es tal vez el mas leal y desinteresado amigo del Emperador; pero aquel está unido á Napoleon III, por lazos quizá mas estrechos aun. Nadie ha olvidado, por otra parte, el discurso que el presidente del Cuerpo legislativo dirigió al Soberano de la Francia al felicitarle, á nombre de la Cámara, el 10 de enero último, y el efecto que, con justicia, produjo en el pueblo inglés. Todos estos antecedentes han venido sucesivamente á poner de manifiesto la preponderancia que en la córte de Tullerías parece tener hoy la influencia rusa sobre la inglesa; y así se esplican los hombres políticos de Europa cómo la Rusia se ha apresurado á interponer sus buenos oficios, á fin de evitar al Imperio francés las calamidades de una guerra, en la que Alejandro II veria con grave disgusto comprometidos los mas sérios intereses de Napoleon III y su familia.

Pero al mismo tiempo no se puede perder de vista que el fondo de la política moscovita es siempre la union leal y eficaz con la Confederacion Germánica. La Rusia, bien se puede asegurar, no contrariará nunca los intereses de la Alemania; no la abandonará en los dias de prueba. Bien conocido es esto en los Gabinetes todos de la Confederacion, los cuales buscan siempre en la Rusia la primera de sus alianzas naturales, como el primero de sus apoyos. Tan cierto es esto, que aun está entre las manos de todos los hombres políticos el sucinto, aunque muy significativo, testamento del Rey Federico Guillermo III de Prusia, el cual, al morir, no quiso recomendar á su hijo, el Rey actual, otra cosa que la conservacion de la mas estrecha alianza con la Rusia, el respeto al Czar, la subordinacion á su política. Este testamento, publicado por un eminente publicista en un diario francés, por los años de 1855, es la espresion fiel de los lazos indisolubles que en el fondo de la política, y prescindiendo de rivalidades pasajeras, unen á la corte de San

Petersburgo con las de los Estados de la Confederacion Germánica. ¿Hay necesidad de nuevas pruebas de esta verdad, despues de la conducta que observó la Rusia con el Austria cuando se verificó el levantamiento de la Hungría en 1849?

Hé aquí tambien, por qué, en sentir de los hombres conocedores de esta materia, la Rusia se ha adelantado á proponer el futuro Congreso de las grandes potencias. Sofocando por ahora, cual sus intereses se lo aconsejaban, el resentimiento que la ambigua conducta del Austria, durante la guerra de Crimea, haya podido inspirarla, ha mirado como su mas sagrado deber, apartar de la primera potencia de la Confederacion las dificultades de la guerra. La Rusia, pues, se encuentra en estas circunstancias colocada entre dos intereses opuestos, con los cuales tiene que contemporizar, impidiendo que produzcan un conflicto gravísimo para ella, y que en último resultado vendria á obligarla á optar por uno de los estremos que hoy debe evitar con igual cuidado.

Por otra parte, la Rusia no está hoy en condiciones de ver con indiferencia que con este ó el otro motivo se enciende una guerra entre las naciones europeas; si tal sucediese, no podria la Rusia mantenerse en todo tiempo neutral, porque al obrar así abdicaría los grandes derechos que la dá su misma importancia, y faltaría á los deberes que su política la impone: no la seria tampoco demasiado fácil tomar parte directa en la contienda, no solo porque la guerra de Oriente mermó sus elementos militares y económicos hasta tal punto que será menester una paz de muchos años y una administracion muy activa y muy inteligente para reponerlos, sino tambien porque la nacion moscovita está toda entera embargada por las importantes reformas que en el seno de su misma sociedad está haciendo, y que afectan en gran manera sus mas sérios intereses y hasta sus condiciones de existencia. Sea cualquiera la conducta que la Ru-

sia se decidiese á seguir, ora tomase las armas y se presentase en el campo de batalla, ora permaneciese en sus cuarteles y en sus posesiones militares en actitud espectante y neutral, es lo cierto, que la materia del actual litigio, la es completamente estraña: la cuestion italiana en nada absolutamente la interesa, y cualquiera resolucion que recibiera por medio de la guerra, tendria que contrariar las miras del Gabinete de San Petersburgo. La conducta, pues, de la Rusia, estaba indicada de antemano: todo la aconsejaba esforzarse en impedir la guerra, así como en promover la reunion del Congreso diplomático.

Otra de las circunstancias que ya desde ahora llaman la atencion del mundo político, es que no se haya contado con el Piamonte para formar parte del futuro Congreso. Al proponer la Rusia su reunion, no se acordó, ó no tomó para nada en cuenta el nombre del Piamonte: esto, sin embargo, es perfectamente justo, y por lo mismo tiene muy fácil esplicacion. El Piamonte no tiene derecho á ocupar un puesto en el Congreso de las naciones, sino por uno de estos dos cónceptos: ó como Estado europeo, ó como Estado italiano. En el primer caso, seria verdaderamente irritante una escepcion á favor del Piamonte, Estado de último órden, y contra la cual podrian con justicia reclamar otros Estados europeos mucho mas importantes, como la Turquía, la España, etc.: en el segundo caso la escepcion seria monstruosa. Porque el Piamonte no puede nunca alegar derechos superiores á los que asisten á Roma, Nápoles y los mismos Ducados soberanos: á todos, ó ninguno: esa es la verdadera justicia. Por esto es opinion comun, que los Estados italianos no pueden ser admitidos en el areopago diplomático como partes integrantes con voz y voto deliberativo; porque tanto valdria erigirlos en jueces siendo á la vez partes en el litigio. Nosotros nos resistimos á creer que esto suceda; porque la lógica lo repugna y la justicia lo condena de

antemano. Así se esplica el silencio de la Rusia respecto á los Estados italianos, y la oposicion real ó supuesta del Austria á que el Piamonte ocupe en el Congreso el mismo lugar que ocupó en 1856. Pero al mismo tiempo, pueden y deben aquellos Estados ser oidos en el Congreso: nosotros esperamos que sean admitidos á su presencia para esponer sus mútuas quejas, hacer valer sus derechos y defender sus respectivos intereses: esto es justo y lógico. Así lo previene, por otra parte, en su artículo cuarto el protocolo de Aquisgram de 15 de noviembre de 1818, que, segun parece, ha sido propuesto por el Austria, y aceptado por las demas potencias como punto de partida de las futuras negociaciones.

XII.

No hay para qué detenernos á demostrar que la significacion del futuro Congreso, es ya desde ahora la paz. La opinion pública de Europa lo califica unánimemente de este modo, y la misma Francia Imperial lo acepta en este sentido, toda vez que su gobierno acaba de descartarsé de los elementos que el pais designaba como contrarios á la paz, y que hasta poco ha encerraba en su seno. Sabido es que el Príncipe Napoleon, recientemente casado con la Princesa Clotilde, hija del Rey de Cerdeña, ha sido reemplazado en el ministerio de las Colonias por Mr. de Chasselonp-Laubat: la prensa enropea ha mirado al Príncipe exministro, como la primera víctima inmolada en aras de la paz general. Pero ¿se infiere lógicamente de esto que el Congreso resolverá el problema italiano?

Vamos por partes.

Antes de que se inauguren las sesiones del futuro Congreso, tienen las potencias que ponerse de acuerdo para tratar dos cuestiones capitales: primera, cuáles son las materias que desde luego han de quedar fuera de discusion: segunda, cuáles otras han de ser objeto de las deliberaciones del Congreso. Apenas es lícito dudar hoy de que entre las primeras están los tratados de 1814 y 1815: los diarios mas acreditados de Europa nos han asegurado ya, que sobre esto no existe el menor desacuerdo entre las potencias, y que la Francia misma está conforme en que así el tratado de París de 30 de mayo de 1814, como el acta final de Viena de 9 de junio de 1815, sean desde ahora un sagrado y queden fuera de discusion. Las mas importantes entre las segundas, son los tratados particulares, base de la influencia austriaca en la Península, y el modo de ser político de varios Estados italianos. En este terreno las ideas y los intereses representados en el Congreso, van á dividirse en dos grupos. De un lado están los de la Francia y el Piamonte; del otro, los del Austria y los Soberanos italianos. El Congreso principiará conjurando peligros inminentes y apartando provocaciones de todos los instantes: al efecto hará retirar las tropas austriacas y piamontesas, que hoy están apenas separadas por el cauce de un rio, á posiciones mas apartadas: las primeras á Placencia, las segundas á Alejandría, por ejemplo. De este modo desaparece en su mayor parte el riesgo inminente de una colision, tal vez casual. Despues, cuando nada le apremie, cuando pueda funcionar con toda la lentitud propia de la diplomacia, principiará sus trabajos.

¿Cuáles son las pretensiones que á la Francia atribuye el sentimiento general? Las que nacen de la política tradicional del bonapartismo: al menos así lo cree todo el mundo. El segundo Imperio, como el primero, tiende á la

dominacion de las razas latinas estendidas en Europa, y para ello necesita, en primer lugar, que desaparezcan los tratados particulares existentes entre el Austria y los pequeños Estados de Italia. Luego querrá que se introduzcan grandes modificaciones en las instituciones políticas que rigen el reino de las Dos Sicilias; y, por último, pedirá que en el gobierno de los Estados pontificios se hagan reformas mas ó menos radicales. Pero la Francia, fácil es preverlo, no obtendrá del Congreso europeo mas que una pequeña parte de lo que pretende. Desde luego el Austria no consentirá en la completa anulacion de sus tratados con Toscana, Módena y Parma; porque no reconocerá, ni en la Francia ni en el Congreso todo, autoridad bastante para obligarla á ello: desde ahora se puede contar con esta resolucion por parte del Gobierno de Viena.—Pero creemos, y esperamos, que el Austria se prestará sin dificultad á la modificacion de esos tratados con ciertas condiciones. El Austria prescindirá de la mayor parte, si nó de todos los derechos que los tratados la dan para mantener sus fuerzas en las posiciones militares de los tres Ducados; y no tendrá inconveniente, por su parte, en que los duques soberanos hagan, en el gobierno interior de sus pueblos, las modificaciones, en sentido liberal, que ellos estimen conducentes. Peró el Austria exigirá, como condicion prévia de estas concesiones, que las grandes potencias garanticen colectivamente el mantenimiento del órden interior de los Estados italianos y la integridad de su territorio. El Congreso no podrá contestar á la justa demanda del Austria con una negativa: al contrario, y así se deja presentir desde ahora, la seguridad esterior é interior de los Ducados italianos quedará, en lo sucesivo, bajo la proteccion y la garantía colectivas de las grandes potencias.

Este acuerdo del Congreso, lejos de perjudicar al Austria, lejos de amenguar su influencia y debilitar su posicion

en Italia, acrece la primera y robustece la segunda. El nuevo órden de cosas que se establezca en los Ducados soberanos, que, dicho sea de paso, no se diferenciará mucho del actual, no seria ya obra de la influencia austriaca, sino de la europea; no mantendria viva, sino que, por el contrario, atenuaria considerablemente, la odiosidad del pais, hácia el Austria, que ya no seria la única á impedir la completa emancipacion política de aquellos pueblos. Y al menor amago de revolucion interior, de invasion de un Estado vecino, la Europa intervendria al momento; es decir, el Austria, que es la que está á muy pocas leguas de distancia: y, entonces, el Austria no intervendria como Estado italiano interesado en el *statu quo* actual, sino como potencia europea corresponsable, cogarante del mantenimiento del *statu quo*. Y entonces, las demás potencias, la Francia misma, no tendrian derecho á censurar la conducta del Austria, que no habria hecho sino prestar un gran servicio á la Europa, apresurándose á salvar el órden, á sostener las estipulaciones del Congreso. Y cuando la Francia llegase con sus tropas al terreno de la revolucion italiana, ya no tendria nada que hacer, ni, por lo mismo, influencia que recojer: el Austria se habria adelantado de muchos dias, y la obra de represion estaria consumada por ella. ¿Es así como quedaria resuelto el problema italiano?

¡Qué se modifiquen en sentido liberal las instituciones políticas vigentes en Nápoles, Toscana, Módena y Parma! Nosotros tememos, no sin razon, que el representante del Austria y los de los Estados italianos digan al de la Francia imperial:—«¿Con qué derecho puede un soberano cualquiera imponer á otro soberano sus ideas de gobierno, su sistema de administracion?—Y en el caso presente, menos »que en ningun otro: en Napoleon III, menos que en ningun otro soberano, reconocemos derecho, por lo mismo »que no puede invocar el principio de libertad, tan absolu-

»tamente desconocido y aun conculcado por él. El poder na»cido del *Dos de diciembre* no tiene autoridad legítima para »llevar á otros pueblos el elemento liberal: nosotros pro»testamos contra esa pretension tiránica, que miramos, ade»más, como un contrasentido. El Congreso no tiene poder »propio sino para aconsejar á los Príncipes representados »por nosotros aquí, que introduzcan en el gobierno de sus »Estados tales ó cuales variaciones: aquellos gobiernos acep»tarán ó no aceptarán esos consejos, en el uso libérrimo de »su propio derecho; y la Francia imperial tiene, fatalmen»te, que inclinarse ante las decisiones de los Gabinetes ita»lianos, cualesquiera que ellas sean; porque, á su vez, no »tiene derechos legítimos que hacer valer en contra. Cuan»do el segundo Imperio, por medio de sus órganos semi»oficiales en la prensa, ó de sus representantes en el Con»greso, dice que la política actual de Nápoles, Toscana y »Modena es una amenaza constante á la paz de Europa, el »mundo se escandaliza, porque, en realidad, si algo puede »hacer temblar por el porvenir de la paz, es la situacion en »que hoy se encuentra la Francia de 1789 y de 1830. Ahí »está el verdadero peligro, el peligro trascendental á la Eu»ropa toda: no, en el modo de ser político, de los Estados »italianos.»

Por lo que hace á Roma, las pretensiones que se atribuyen al Imperio francés son de todo punto quiméricas. No somos nosotros, en verdad, los que sostendremos la union de los dos poderes, espiritual y temporal, en una sola persona como esencialmente necesaria al bien de la Iglesia de Jesucristo; pero no vacilamos en declarar que esa separacion, si algun dia llega á cumplirse, será la obra de la sucesion de os siglos; y si, como no nos atrevemos á creer, por mas que así lo hayan afirmado sus partidarios exageradamente apasionados, Napoleon III ha concebido el pensamiento de promoverla por estos ó los otros medios, puede contar, de

seguro, con la oposicion que encontrará en los ciento cuarenta millones de católicos esparcidos sobre la faz de la tierra. El Sumo Pontífice, como Príncipe soberano, gobernará sus Estados con plena independencia de la voluntad de los demas soberanos de Europa: puede escuchar un consejo, oir una observacion, ó aceptar, en circunstancias dadas, la cooperacion y ayuda de un Estado amigo; pero nunca plegarse á intimaciones mas ó menos disfrazadas. La cuestion de Roma está erizada de dificultades, que el tiempo y las generaciones han de ir resolviendo; no la diplomacia ni los gobiernos del siglo XIX.

Respecto al Piamonte, su situacion no es ciertamente mas sólida. Cualesquiera que sean sus reclamaciones en la futura Asamblea de las grandes potencias, siempre serán interpretadas como realmente son: como la espresion de la secular política de la casa de Saboya. Fija constantemente su vista en un solo punto, Milán, la conducta del Gabinete de Turin, cualquiera que ella sea, va siempre encaminada á un solo objeto: á la adquisicion de la Lombardía. Claro está que el Piamonte se abstendrá completamente de manifestar esta pretension en el seno del Congreso: se limitará, pues, á formular muchas quejas contra el Austria, á lamentar la suerte de los demas pueblos de la Península, á ser, en fin, como él mismo ha dicho en mas de una ocasion: *el eco de los dolores de Italia.* El Congreso oirá esas quejas y buscará el alivio á esos dolores, probablemente sin hallarlo por ahora. Y el Piamonte tendrá que retirarse á llorar sobre sus propias lijerezas, sobre sus pasos en vago, sobre su falta de tacto, sobre su ignorancia de la política de los Gabinetes europeos. Se retirará á lamentar el estado tristísimo de su Tesoro, la ruina de su crédito, el desprestigio cabal de su nombre, dentro y fuera de la Italia. ¿Quién creerá de hoy mas, en la política sábia de un Estado que no alcanza á producir mas que desastres militares,

como el de Novara, hijos de la ignorancia, ó alardes ruinosos como el de la guerra de Oriente y el actual, hijos ambos de la mas imprudente lijereza?

No: el problema italiano no es de aquellos que puedan recibir una solucion diplomática. El Austria, apoyada en tratados legítimos, en la fuerza que la dan su seguridad de potencia de primer órden, sus poderosos elementos militares, sus posesiones en los Alpes, y mas que todo, la alianza natural de las otras potencias y hasta el mismo estado moral de la península itálica, continuará dominando, como hasta aquí, en la Lombardía, y la Venecia; y al través de las concesiones que indudablemente hará en el terreno de los tratados de reciente data, continuará siendo la nacion preponderante en Italia, y cuya influencia se hará sentir allí durante muchos años aun sobre todas las influencias estranjeras. La Francia carece de fuerza lógica para vencer al Austria en Italia; el Piamonte no tiene ni medios materiales, ni tacto político, ni prestigio bastante para realizar sus deseos de siempre: sus miras de engrandecimiento y de dominacion en toda la Península. Tememos mas aun: tememos que el Austria produzca en el Congreso tales documentos y tales datos que de ellos se desprenda un nuevo desprestigio para el Piamonte en el terreno de la política internacional. Sabemos que el Austria posee esos datos, auténticos, irrecusables: si no los exhibe, será porque no tenga necesidad de ello.

No: el problema italiano no recibirá su resolucion en el futuro Congreso diplomático; porque la Asamblea de las grandes potencias no puede acordar nada definitivo en la materia, como no ha podido hacerlo en cuestiones de mucha menor cuantía. ¿Resolvió por ventura la cuestion de Oriente, tal cual apareció en su principio, tal cual fué cauciosamente presentada á la Puerta Otomana en mayo de 1853 por el Príncipe Menschikoff? Nada de eso: des-

pues de una guerra gigantesca y de conferencias diplomáticas sin fin, las cosas quedaron como estaban en fin de 1852, y los cristianos súbditos del Sultan siguen siendo tan infelices como hasta aquí, sin que su desgraciada condicion haya sido atenuada en lo mas pequeño. La diplomacia de las naciones cristianas no alcanzó á obtener en favor de sus correligionarios de Oriente mas que tal cual *katti* imperial, que desde el mismo dia en que fué publicado quedó reducido á la condicion de verdadera letra muerta. La accion de la diplomacia se resiente hoy del espíritu de positivismo que domina en la sociedad toda; produce resultados en el campo de los interesees materiales, y arregla cuestiones como la de la libertad del mar Negro y la de la navegacion del Danubio: pero cuando se trata de intereses morales y políticos, se limita á dictar medidas insuficientes, imperfectas, provisionales casi siempre. ¿Qué hizo, por ejemplo, en los Principados Romanos? Nada concluyente y definitivo: inició la cuestion, la condujo hasta cierto punto, pareció tomarla con mucho calor, y al resolverla, no pudo hacerlo mas que de una manera imperfecta, provisional, casi nula. Dotó á los romanos del Danubio de una casi independiente autonomia, dejándolos, sin embargo, divididos, sujetos al Sultan de Constantinopla, y espuestos á todos los contratiempos de una organizacion política la mas manca que imaginarse pudiera. Lo que hace cuatro años se llamó *cuestion de Oriente,* está en pié, como antes, con todas sus dificultades morales y políticas.

Pues bien: en lo que hoy se llama *cuestion italiana,* la diplomacia obrará poco mas ó menos del mismo modo. Mantendrá los odiosos tratados de 1814 y 1815, base del derecho público vigente en Europa; deseando aliviar algun tanto las calamidades que agobian á varios pueblos de la Península itálica aconsejará á aquellos gobiernos el planteamiento de ciertas reformas políticas cuya estension é

importancia, sin embargo, dejará á juicio de los mismos; lo cual vendrá, en último término, á hacer casi de todo punto estériles esos consejos: garantizará colectivamente la paz interior y la seguridad de los Estados italianos, con lo cual robustecerá en ellos la influencia austriaca; y por último, satisfecha de su obra, puramente provisional, transitoria, imperfecta, librará á los misterios del porvenir todo el fondo de esta cuestion superior á sus fuerzas. La diplomacia no puede hacer mas: no hará mas. La Francia imperial recibirá una leccion elocuente como la que sufrió en 1856: el Piamonte una correcion severa como la que siguió á la catástrofe de Novara: los pueblos italianos un nuevo desengaño y el convencimiento de que continuará para ellos el *statu quo* con ligeras é inseguras modificaciones.

En fin; la cuestion de Occidente no será resuelta por la accion de la diplomacia, como no puede serlo hoy por la revolucion ni por la guerra; el futuro Congreso la dejará en pié, poco mas ó menos, como se encuentra en la actualidad.

XIII.

Tocamos al término de nuestro ligero trabajo.

¿Qué es esto? se nos dirá. ¿No teneis una palabra de consuelo que dirigir á esos desgraciados pueblos que el despotismo tiene oprimidos del otro lado de los Alpes? ¿Así desconfiais del triunfo de la libertad en las márgenes del Tiber y del Pó, del Tesino y del Adije? ¿Será que pretendais escribir sobre el frontispicio del porvenir italiano, como Dante sobre la entrada del infierno, *Lasciate ogni Speranza*, y que negueis la Divina Providencia?

¡Dios nos preserve de tamaña blasfemia! que blasfemia, y no otra cosa, sería la desesperacion. Al contrario; porque tenemos fé viva y esperanza firme; porque creemos que el VERVO DIVINO redimió al linage humano; porque hemos aprendido en el Evangelio que *la libertad está en el conocimiento de la verdad* (1), por eso hemos escrito las páginas que anteceden. Hemos querido contribuir con nuestras débiles fuerzas á destruir el error, cuyo triunfo perpetuaría el despotismo nacional ó estranjero en la Península Itálica: hemos rasgado, en cuanto las circunstancias nos lo permiten, el velo que encubria una parte de la verdad á los ojos de la multitud: hemos revelado, ó mas bien indicado, los verdaderos móviles de cierta política, que tal vez los pueblos aceptasen como legítima siendo bastarda en el fondo. Y de la esposicion de estas verdades hemos concluido, que la revolucion ó la guerra no conducirían hoy á otro objeto que á robustecer, á consolidar tal vez el despotismo en Italia: que la diplomacia europea, aun suponiéndola animada de los mejores deseos, no puede en la actualidad producir los resultados apetecidos.

Mas no por eso es menos ardiente nuestra fé ni menos viva nuestra esperanza. Creemos que la Italia será libre; creemos que la llegará su vez como á otras naciones; que se emancipará en fin, como se emancipó la Bélgica. Pero esto no será hoy, sino en el porvenir: no será por los medios que se arbitran en la actualidad dentro y fuera de la Península, sino por los que la Italia encierra en su mismo seno, cuando sepa y pueda ponerlos en accion. La Italia no será libre hasta que esté en condiciones de poder realizar en todos los terrenos el sentencioso dicho de Cárlos Alberto: esto es, cuando pueda *fare da sé.*

(1) *Et cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.*—San Juan: cap. 8, vers. 32.


HARVARDIANAE
ACADEMIAE
SIGILLVM
IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE
RI
TAS

